

indists c.1

—Dan casitas pero hasta el quinto infierno.
 —No nos podemos ir, no tenemos para pagar una renta de por vida.
 —Pues sí, ya nos ayudaron bastante con traernos láminas de cartón para construir de nuevo.
 —Ya rescataron el cuerpecito de mi niña, pero mis dos hijos no aparecen y mi marido sigue en los escombros.
 —Todo lo perdí, salvé lo que traigo puesto. No tengo ni cinco para empezar.
Virginia está trepada en un marco sin puerta.
 ENTREVISTADOR.—¡Muchacho! ¡Hey muchacho!
 ¡Qué les falta!
 VIRGINIA.—¡Tierra!

1081119

ATLANTIDA

de Ana Villanueva mexicana

Seminario Multidisciplinario José Emilio González
 Departamento de Estudios Interdisciplinarios
 Facultad de Humanidades
 Universidad de Puerto Rico
 Recinto de Río Piedras

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

9/10/02 JCS

Salón de baile. Euforia, frenesí. Una pareja baila mambo con gran estilo y el número 5 en la espalda.

La niña, la niña popoff,
la niña niña, la niña popoff.

Remate de triunfo espectacular: entusiasmo desmedido, aplausos, chiflidos, porras. Un animador pide atención a la concurrencia.

ANIMADOR.—¡Así es como hemos presenciado el encuentro más delirante de parejas en esta gran final de nuestro sensacional concurso Baile y gane! ofrecido a ustedes por Polvos Rachel, el polvo mágico para su rostro en una gama de tonos para que usted luzca como las estrellas.

Chiflidos y aplausos a una exuberante modelo.

ANIMADOR.—¡Y es hora de dar paso al momento estelar esperado por todos, mucha atención: los triunfadores absolutos son nada más y nada menos que, sssiii, señoras y señores: la pareja que concursaba con el número 5! ¡La cinco, la cinco! ¡Fanfarria para ellos!

Aumenta la euforia y el éxito de la pareja.

ANIMADOR.—Aquí están ante ustedes los únicos ganadores, sensacionales bailarines que se llevan el primer lugar! ¡Saboor! Cómo te llamas.

ELLA.—Virginia Salazar.

ANIMADOR.—Ella: usa Rachel, y por eso tiene el primer lugar. ¿Y tú?

EL.—También.

ANIMADOR.—Cómo te llamas, digo.

EL.—Rodolfo Flores García.

ANIMADOR.—De qué colonia.

EL Y ELLA.—Atlántida.

ANIMADOR.—Han bailado estupendamente bien, cómo le hacen, cuál es su salón favorito.

ELLA.—En cualquier parte nos gusta bailar, somos de fiesta, vamos al Chamberi, Champotón, al Smirna, a donde abran cancha.

ANIMADOR.—Qué bueno que aquí la pista estaba a sus pies para que bailaran con ganas, ¡y la magia de Polvos Rachel los premia con magníficos regalos! Dejemos que Virginia contenga el llanto, y que su galán nos diga algo para el público: cómo te sientes.

EL.—Bueno, pues muy satisfecho y muy contento —también quiero aprovechar que me está oyendo mi papá por radio y le mando mi. . . mi más sincero saludo como hijo.

ANIMADOR.—Muy bien. A ver Virginia, acércate más, ¿ya puedes decirnos algo?

ELLA.—Ay, es que estoy tan emocionada, tan no sé qué. . . primeramente quiero agradecer a todos el apoyo que nos dieron para seguir adelante, y mando por este conducto un cariñoso saludo a toda nuestra Atlántida querida y al público en general que nos está oyendo.

—¡Que baile, que baile, que baile!

ANIMADOR.—¡Aquí llega Claudia con los regalos para el primero, segundo y tercer lugar! y en representación del jurado para hacer entrega del cheque

por diez mil pesos, la extraordinaria rumbera, estrella de nuestro cine, la única: ¡Ninón Sevilla!

VOZ DE LOCUTOR.—Nuestro siguiente programa: Hoguera de ilusiones.

2

En una estancia modesta: el Papá, la Mamá y Emeterio, disfrutan el resultado del concurso.

MAMA.—Ya le tocaba, lo que sea de cada quien: nunca le gustó otra cosa más que bailar, tan feíta que está la pobre, siquiera ese chiste tiene; además de que siempre gana en estas cosas; qué suerte digo yo.

EMETERIO.—Qué piernas, dirá, baila muy bien: los dos se han de acoplar muy bien, cuánto les aplaudieron; ora hay que hacer una fiesta aquí.

MAMA.—No se puede: se sume el piso o se cai el techo; aparte tú no estás para esos trotes.

EMETERIO.—Por mí no se apuren, nos salimos al patio y con verlos bailar entro en ambiente, el caso es festejarla.

PAPA.—Ya le harán fiestas en otro lado; de todos modos usted necesita reposo, si no cómo se va a aliviar.

MAMA.—Cuando estés bueno y sano sí hacemos un fiestón en grande, hasta yo voy a bailar, tienes que prepararte para ese día.

EMETERIO.—Bueno, me voy a acostar, nadamás quería oír el concurso; a ver si Virginia llega temprano para felicitarla.

MAMA.—Mejor ni la esperes, la van a acaparar toda la noche, va a llegar rendida. Luego te llevo la merienda para que ya no te levantes.

EMETERIO.—Con permiso.

Se va.

PAPA.—Ande, pase. Se entusiasma mucho con el Niño, a ver si tú ya no le haces segunda; no me inspira nadita de confianza y no quiero que haya problemas.

MAMA.—Por qué ha de haberlos, tú, Emeterio no se mete con nadie para nada, yo soy la que lo atiende y no ando pidiendo prestado.

PAPA.—Si te preguntan algo, diles que se trata de un amigo de Quique.

MAMA.—Ya lo saben: no voy a andar dando explicaciones como si fuera delito tenerlo aquí, no tenemos nada de qué avergonzarnos.

PAPA.—Yo no digo que sea malo; comprendo que hay que ayudarlo y voluntad tengo, pero no vayamos a tener dificultades: apenas sabemos quién es.

MAMA.—Sabes muy bien quién es Quique, ¿no? él no iba a mandarnos a cualquier fulano para que viva aquí.

PAPA.—Pues no tengo por qué no confiar en Quique, eso es aparte, me refiero a las relaciones que puede hacer con el Niño.

MAMA.—Hasta orita se llevan bien; tú qué dificultades puedes tener por eso.

PAPA.—Después quién sabe, no me gustaría que viniera a inquietarla, no me vas a decir que este muchacho no se aloca con ella, aunque sea sin malas intenciones, por algo está pendiente de lo que hace y deja de hacer.

MAMA.—Y cómo no la va a tomar en cuenta; lo hace por congraciarse, eso a mí no me da mala espina.

PAPA.—Déjalo que entre más en confianza y luego ya no va a querer irse de aquí.

MAMA.—Ay, de que se te mete algo en la cabeza. . .

Gran fiesta, danzón a mucho volumen. Virginia está rodeada de amigos.

CHESTER.—Te llevaste de calle a todas, ni la que más apantallaba te pudo llegar, yo nomás te vela, tú qué pensabas, ¿eh?

VIRGINIA.—Qué iba yo a pensar, estaba alocadísima, sólo quise bailar y bailar y se me olvidó todo: hagan de cuenta que el ritmo me estaba diciendo, sigue, sigue, tú sigue, aquí vas, yo vibraba, sentía que todo era parte de mí, que era mucho lo que tenía que dar, fue una sensación que no me explico. Pobre Fito, lo traía sudando; en realidad yo quería que ganáramos más por él que por mí y me hizo fuerte como pudo, lo adoro, es tan lindo, y también la goza.

CHESTER.—A poco deveras andas muy entrada con él.

VIRGINIA.—Me cai que sí, va en serio, lo quiero a chorros.

CHESTER.—No es por nada, pero yo supe que ya le cantó a Fidelia.

VIRGINIA.—Eso andaré diciendo ella porque ya se las quema, pero Fito ha sido derecho conmigo, cuantimás ahora que ya formamos la pareja.

CHESTER.—Yo nomás te la paso al costo; que hasta se van a casar, dicen, y que la pareja sólo le importó para el concurso.

VIRGINIA.—Sea como sea ya nos juntamos, que digan misa.

—Fito no lo dice, verdad, ¿o sí?

—No te pongas colorada, te está carneando, míralo.

VIRGINIA.—Me viene wilson, ya sé que es puro hablador.

CHESTER.—Pero no te enojas Niño, uy, ni aguantas nada.

VIRGINIA.—Pues sí me encabrona que andes con cuentos, porque pon tú que sea cierto; eso no me lo tienes que decir tú.

CHESTER.—Oh, ¿no te digo? si fue de vacilada, yo no dije que fuera cierto.

VIRGINIA.—Ya sé; pero mejor si te consta dilo, porque como vacilada no viene al caso ¿no se te hace?

CHESTER.—Oh, pinche Niño, y ora te vas a poner jetona.

VIRGINIA.—No tengo por qué, hablando se entiende la gente.

CHESTER.—Bueno, ahí muere. Enséñame unos páritos, ¿no? de grande quiero ser como tú.

VIRGINIA.—Que sea menos, deja que toquen otra cosa.

—¡Chiquiti bum a la bim bom bam, chiquiti bum a la bim bom bam, a la bio, a la bao, a la bim bom bam, Fito, Fito, ra ra raaá!

Algarabía, entusiasmo; Virginia observa la escena sin participar en el recibimiento de Fito, después, llegan todos con ella y vuelven a empezar las felicitaciones, la fiesta: se abrazan, cargan a Fito, a Virginia, les piden que ballen y ella no quiere, le insisten y no acepta.

VIRGINIA.—Mejor quiero una copa para adulto.

FITO.—¿Vas a tomar?

VIRGINIA.—No, es mi primer trago.

FITO.—Qué tráis, eh.

VIRGINIA.—¡Salud, por el gusto de estar aquí!

—Salud: porque siga la prosperidá, y los éxitos, y

mas cumplidas tus aspiraciones, y recuerda que salud, fe y amor, hay que pedirle a la vida principalmente.

Aplausos, chillidos, trompetillas, risas, guaracha: vienen a pedirles que ballen y Virginia se niega a las peticiones, los demás ballan.

FITO.—Bueno, ya di qué te tráis.

VIRGINIA.—Por qué trajiste a Fidella.

FITO.—Ah, por eso no quieres ballar, o por qué.

VIRGINIA.—Tú contéstame.

FITO.—Ful por ella porque la invité, qué tiene de malo.

VIRGINIA.—De sobra sabes que no la trago y que ella se la pasa criticándome todo el tiempo.

FITO.—Ora no voy a salirle con que no te parece que esté aquí y que se vaya.

VIRGINIA.—No, que se quede, si no estoy en mi patio y la fiesta es de todos; nadamás dime en qué plan vamos a estar, porque estoy creyendo que tú eres mi pareja.

FITO.—Bueno, pero si vino conmigo no voy a dejarla sentada.

VIRGINIA.—Ella se te mueve más bonito, o qué cualidad le ves.

FITO.—Por favor compórtate a la altura.

VIRGINIA.—A mí todavía no se me sube, dime de cuál estás tomando.

—Ya Niño, no te aprietes nomás porque ganaste, vamos a ballar.

Se la llevan a ballar aunque ella quiere seguir aclarando cosas, se anima de todos modos; alguien más va con Fito. Sigue muy ambientada la fiesta.

En la calle, de madrugada. Virginia va con el Chester, ella más borracha que él.

CHESTER.—No la riegues Niño, mejor te llevo a tu casa.

VIRGINIA.—¡Se salió con la arrastrada esa, no me la cambies! O compruebo que ya está en su casa o a ver qué. Si yo no me burlo de él...

CHESTER.—Mañana lo ves.

VIRGINIA.—Chíflale tú.

CHESTER.—Ay Niño... se va a enojar su jefe hombre.

VIRGINIA.—Me vale madre, le chiflas o no!

CHESTER.—Carajo. (*Chilla*)

VIRGINIA.—Luego te cortas y me esperas a la vuelta, lo tengo que ver...

Más chillidos de Chester.

CHESTER.—¿Ves? ya se durmieron.

VIRGINIA.—¡Espérate, ya prendieron la luz!

Esperan. Se asoma Fito por una ventana.

FITO.—¿Quihubo, qué?

CHESTER.—Sal un rato, chomple.

VIRGINIA.—¡Fito! ¡Rodolfo! Aquí estoy!

CHESTER.—¡Shsh, tú cállate!

VIRGINIA.—¡Que salga, si es hombre que salga! *Breve rato. Aparece el galán.*

FITO.—Ca-ray...

VIRGINIA.—Yo le dije que viniéramos.

FITO.—Y tú, qué bárbara.

CHESTER.—Bueno, los dejo, me la cuidas.

Se va. Silencio de los dos en que sólo se miran.

VIRGINIA.—Tenía que hablar contigo a como diera lugar.

FITO.—Oye... mi papá está enfermo, ya lo sabes, no tenías que venir a estas horas.

VIRGINIA.—Por qué me dejaste en la fiesta.

FITO.—Ya te he dicho mil veces que cuando te pongas así no me vas a hacer tus papelitos, mira nomás: has de creer que te ves bien.

VIRGINIA.—Eso a mí poco me importa, yo vine a que me digas por qué te concretaste a hacerle más caso a Fidelia.

FITO.—Bueno, qué querías: ella iba conmigo y te lo dije que no iba a ponerla en ridículo, ni a ella ni a mí.

VIRGINIA.—Entonces qué: ¿estoy pintada?

FITO.—Después hablamos ¿te parece? mañana o pasado que estés en tu juicio.

VIRGINIA.—¡Orita mismo me dices qué te traís con la idiotota ésa porque no me vas a tener de caldo!

FITO.—En primera no le digas así porque ella no se mete contigo para nada.

VIRGINIA.—Que no se mete, y por qué te anda llamando cuando te ve conmigo, por qué te lleva jalando, crees que no entiendo sus indirectas.

FITO.—Mientras no te diga nada tú no tienes por qué echarle bronca: te vi cómo te portaste con ella en la fiesta, no te reclamó porque es una señorita.

VIRGINIA.—Señorita ni de las uñas, no seas pendejo.

FITO.—¡Eso sí no te permito que digas!

VIRGINIA.—Ultimadamente a razón de qué la defiendes.

FITO.—Pues ya que estás en ese plan, si quieres la cortamos porque ella es mi novia y le vas a guardar respeto.

VIRGINIA.—Que qué.

FITO.—Sí Niño, está claro.

VIRGINIA.—Oyeme, desde cuándo sales conque es tu novia: me has tenido de tu pendeja.

FITO.—Yo no me comprometí contigo: lo que pasó pasó porque también quisiste, pero hasta ahí.

VIRGINIA.—Pinche Fito, ¡porque te quiero, cabrón, no por otra cosa, porque se trataba de ti y no esperaba que me hicieras esto!

FITO.—Pero no te hice creer nada: no íbamos a vivir juntos, contaba como experiencia para los dos nada más.

VIRGINIA.—¿Y que me lleve la chingada?

FITO.—Por mí no, por qué.

VIRGINIA.—¡No vamos a quedar como si no hubiera pasado nada: yo bailo pero no soy tu juguete!

FITO.—Entonces qué quieres.

VIRGINIA.—Quiero seguir contigo, te quiero, para mí, entiende.

FITO.—Perdóname pero en ese plan ya no. Contigo es otra cosa; me das placer y reconozco que eres cariñosa y sincera, pero eso qué, no podría hacerte mi esposa... tú misma date cuenta de cómo eres: cómo te llevas con la brosa, no te das a respetar, te confunden en la calle con las de la zona; cómo voy a decirle a mi papá que es a ti a quien quiero para tener un hogar, comprende, no puedo tener nada formal contigo.

VIRGINIA.—Si me ves como dalla negra no te pido que te cases conmigo y ni falta hace; no tengo de qué avergonzarme cuando tanto tú como yo nos entregamos todo, vamos a seguir así Fito, por lo demás puedo cambiar como tú digas: dejo el baile, dejo de hablarle a la flota, ya no seré tan mandada.

FITO.—No tiene caso seguir; te conozco y no has de cambiar.

VIRGINIA.—Por ti sí, por ti sí...

FITO.—Además eso ya no cambiaría las cosas.

VIRGINIA.—Entonces qué fue lo nuestro, de qué sirvió todo.

VOZ DE SEÑOR.—¡Fito... qué pasa hijo!

FITO.—Nada jefe, ya voy. Bueno... ahí nos vidrios.

5

En una fonda. Virginia está con Chester en una mesa llena de cervezas.

VIRGINIA.—¡Graciela! ¡Chela, ven acá, no me dejes morir sola!

CHESTER.—Déjala despachar, le están hablando.

VIRGINIA.—Quedamos de lbar juntos y aquí dejé su cerveza a medias, dijimos que hasta caer y ora se aguanta ¿no?... ¡Graciela! Tú ve y tráitela de las greñas oye, de paso repite la que me hiere.

Te duele saber de mí,
amor, amor qué malo eres,
quien iba a imaginar que una mentira
tuviera cabida en un madrigal;
no quieres saber quién soy
después de darte lo que tienes,
ahora para ti soy vágabundo
que va por el mundo como un criminal.

CHESTER.—Que ya al ratito baja la cortina, que nos esperemos y no hagamos teatro porque todos se te quedan viendo.

VIRGINIA.—Y qué: bola de babosos, me conocen o quieren conocerme, parada me ven mejor.

CHESTER.—Ya ya, séntate, a ti también se te va a calentar la botella.

VIRGINIA.—Si no les parece que esté aquí nos vamos a otra parte: a la hora que digas Chester.

CHESTER.—Ya mamacita, vente.

VIRGINIA.—Nomás no me agarres de bajada.

CHESTER.—Me cai que no, apoco no te gusta que te agarre...

VIRGINIA.—Cuando me esté cayendo me llevas a mi casa.

CHESTER.—Pero no llores, no andas perdida, estás aquí con los cuates.

VIRGINIA.—Ay Chester... ya no puedo estar en ninguna parte, lo tengo aquí por cualquier motivo, lo recuerdo, lo sueño, lo imagino, es una situación insostenible. En mi casa me preguntan qué tengo, qué me hicieron, y si salgo a la calle es verlo de lejos, recorrer los lugares por donde pasamos... ¡ya no aguanto Chester!

CHESTER.—Yo te dije que Fito es más cabrón que bonito, te lo dije sí o no.

VIRGINIA.—¡Pero por qué ha de ser mi culpa haberlo querido, a quién le importa que todo esto sea así, quién gana con lo que pasa! No debería haber sentimientos tan hondos, sólo sirven para que uno se haga ilusiones y luego echar a perder el corazón, para qué tenemos sufrimiento si no se vive mejor.

CHESTER.—Tampoco te vas a matar por eso, ¿verdad? o qué: nadamás el chicharrón de Fito truena.

VIRGINIA.—Vete a la goma, yo te hablo en serio, no es que esté peda.

CHESTER.—Oh Niño, me cai, yo vácillo porque

quiero hacerte reír, a ver, si al otro güey no le importas para qué estás así por él.

VIRGINIA.—Para qué lo conocí, ya ves. . .

6

La calle, de noche. Virginia anda con la flota, llevan guitarras y alguna botella que se pasan para beber; organizan la desvelada.

VIRGINIA.—¡Jajajajá!

—Vamos primero con mi chava, ella es la del santo.

—Ya estamos aquí, para qué regresamos, vamos a entonarnos de una vez.

—Sí, para que al Niño ya se le quite la tentación y nos deje chupar a gusto.

CHESTER.—Vámonos por un tubo, Fito ni va a salir y se va a engorilar su jefe.

VIRGINIA.—En caso de que salga a callarnos no tiene por qué ponerse el saco, estamos cotorreando y ya.

—¿Cuál vamos a cantar, no vas a querer varias?

VIRGINIA.—Conozco a los dos, pero bien cantada, no vayan a echar relajo.

CHESTER.—A nosotros tu ojete no nos gusta para nada.

VIRGINIA.—Te hago ojitos.

CHESTER.—Despiertaaa, dulce amor de mi vidaa. . .

Tuve ganas de verte muy cerca
y te vine a buscar;
yo sé bien que perdí la partida
yo sé bien que humillaste mi amor,
pero tuve ganas de verte muy cerca

y te vine a rogar.

Que vuelvas, que vuelvas tan sólo una vez
pero que vuelvas;

mi cielo, yo vengo a pedirte perdón
para que vuelvas.

Si quieres mi vida, mi vida te doy,
que más da que la gente nos diga
conozco a los dos.

VIRGINIA.—¡Canción dedicada a Fito y su viejo
que lo acompaña!

Se echan a correr.

7

Madrugada. Virginia va con Chester caminando despacio.

CHESTER.—Entonces qué.

VIRGINIA.—De qué.

CHESTER.—¿No hay modo?

VIRGINIA.—No intentes, quita la mano.

CHESTER.—Cuándo nos comemos ese pollito.

VIRGINIA.—No quiero.

CHESTER.—Qué pero le poñes, ¿no se puede? qué pasa con que nos echemos un taquito amistoso, exquiso para los dos.

VIRGINIA.—No me va a gustar nomás porque se te antoja.

CHESTER.—¿No te paso? . . . Antes detrapabas por mis huesos, no lo vas a negar.

VIRGINIA.—Pero ni un lazo me tirabas, ¿verdad?

CHESTER.—Bueno, ya se te hizo.

VIRGINIA.—Quiero al Fito, tú sabes.

CHESTER.—A qué le tiras con él todavía.

VIRGINIA.—A nada: pero eso no quita lo anterior y no voy a andar de locotona con sus amigos.

CHESTER.—Yo respeto tus sentimientos; nunca se lo voy a decir a él.

VIRGINIA.—Hasta ora hemos sido amigos y ya.

CHESTER.—Dame chance, vamos a seguir siendo amigos.

VIRGINIA.—No... ya juré no hacerlo.

CHESTER.—Ora por dónde.

VIRGINIA.—No te burles, ves, todo lo tomas a guasa, suéltame.

CHESTER.—Y tú todo lo tomas a pecho, no Niño, no me burlo, ven... hablando en plata: qué tendría de malo una vez, no te voy a hacer daño.

8

Cuarto de hotel. Virginia se viste de aquí para allá; Chester está acostado siguiéndola con la mirada.

CHESTER.—¿Ya quieres irte?... Qué horas son, por qué no te esperas otra hora, quién te pega. ¿Te bañaste con agua fría?... en mi pantalón hay peine si quieres, ¿qué buscas? tu medallita quedó abajo del cojín, ¡ay ojón, qué calambre me dio! ¿Oíste la bronca que armaron los gatos?... Bueno ¡arriba!, espérame, no, ya pérame aunque me des una mordidita, qué tienes...

VIRGINIA.—Nada.

CHESTER.—Vamos a la pancita, ¿no quieres?

VIRGINIA.—No, tú quédate.

CHESTER.—¿Estás jetona conmigo?

126

VIRGINIA.—No.

CHESTER.—¿Vamos al Champotón hoy en la tarde?

VIRGINIA.—No. Ya no me vuelvas a hablar.

Se sale.

CHESTER.—Oye, ¡siquiera adiós pinche pendejo!

En la fonda. Algunos morbosos y gente preocupada rodean la mesa donde está Virginia abatida en llanto.

—Ay Dios, qué muchacha tan loca, / mejor llamen a la Cruz, / ¡qué salvajada! / Con una liga se le para la sangre, ¿con qué se cortó? / Para qué le dieron a tomar tanto, está ahogada.

VIRGINIA.—¡Déjenme morir, yo quiero morir, es mil veces preferible, déjenmee!

—Si quiere matarse que se pegue un tiro / —Quebró un casco, fue en un momentito. / —Nadie la vio hasta que de repente se cayó. / —Quién es, eh?

Llega Chester agitado.

CHELA.—¿Qué pasó con Fito ¿le avisaste?

CHESTER.—Que no viene, que sería peor, nomás puso cara de pendejo y su papá no le dejó salir para que no se meta en líos, el pinche viejo me sacó casi a empujones.

CHELA.—Ya le paró un poco la sangre, voy por tela adhesiva, saca por favor a la gente y baja la cortina; quédate afuera por si vienen de su casa y me avisan.

Empieza a salir la gente. Chela le hace las últimas curaciones a Virginia.

VIRGINIA.—No quiero seguir viviendo, ya no puedo más, ya no puedo más... ya no.

127

CHELA.—Pinche Niño, bonito susto nos metiste.

VIRGINIA.—Chela, manita, compréndeme, ya no quiero. . .

CHELA.—Ya no te pongas a inflar como desesperada: al otro ni le va ni le viene lo que hagas, y ninguno, óyelo, por muy hombre que sea vale la pena de que una se mate.

VIRGINIA.—No es por él. . . que le aproveche su señorita. Es por mí, ya me cansé de andar buscando a quien querer y de enamorarme a lo pendejo como si el amor fuera tan necesario. . . ya no quiero nada, de sobra sé que nadie me va a echar de menos.

CHELA.—De eso no estés tan segura, si dentro de poco todo puede cambiar. . .

VIRGINIA.—Con Tavo fue lo mismo, tú lo viste: no le importó que yo lo quisiera tanto ni lo que hice desviéndome por él; tú me consuelas diciéndome que un clavo saca a otro, tengo hundido al otro y entonces qué pasa: ya son muchas punzadas.

CHELA.—Bueno. . . ¿quieres doblegar a éste? ¿que se rinda a tus pies? . . . Sí, que deje de ser tu adorado tormento y no tenga cabeza más que para pensar en ti.

VIRGINIA.—Aunque quisiera cómo se me hace.

CHELA.—Mandado hacer. Si crees que te conviene yo conozco a un brujo muy neto que puede realizar tus deseos con buenos resultados.

VIRGINIA.—Sí, sí, quiero verlo, qué tengo que darle o qué. . .

CHELA.—Nadamás te pones a mano; le explicas cómo anda todo y qué arreglo quieres tener, ya te darás cuenta de los hechos; en el plazo señalado irá Fito a buscarte sin voltear a ver atrás.

VIRGINIA.—¡Oye sí, que me lo consiga! Con él sólo me conformo, si es posible que vuelva cuanto antes

mejor, llévame con ese señor hoy mismo, estoy dispuesta a lo que sea.

CHELA.—No te sulfures, se le tiene que avisar.

VIRGINIA.—Pero Fito cómo lo tomaría, se va a dar color: si no me quiere y ya no piensa verme cómo de un día para otro sí. . .

CHELA.—Atráldo por ti; no podrás dudar de tu encanto.

VIRGINIA.—Y cuánto tiempo durará el hechizo.

CHELA.—Es cosa tuya; si puedes tenerlo, juntos y separados al fin podrás vencerlo o dominarlo, guardar distancias.

VIRGINIA.—Yo lo trataría con amor, con gusto, con provechos. . . pero qué va a decir, si es que delira por mí va a estar como idiota.

CHELA.—El sabrá cómo y tú por qué, si anda contigo de eso se trata.

VIRGINIA.—Precisamente: no seré la que se imagina y es peor para mí, de ese modo no me querrá de adueveras; por mucho que cambie todo sería contagiarlo, no es a la buena.

CHELA.—Ay manita, por la buena ya ves que te hace.

VIRGINIA.—Ay. . . ay, la verdad es que él no quiere nada conmigo; por más que se lo pide a Dios no hace que me hable.

CHELA.—Si te vas a esperar a que Dios te ayude estás jodida, a nadie le hace caso y menos en esta colonia. Yo también andaba como tú hasta que me colmaron la paciencia; ya no Niño, ora se hace lo que yo digo cuando yo digo: ora ya no ruego, no soy menos que ningún pinche güey; me quieren por la buena o se chingan por la mala, ya nomás por amor propio.

VIRGINIA.—No sé... yo sentiría feo, qué gano con tenerlo así.

CHELA.—El agasajo que te darías pero allá tú, yo te lo dije porque veo que para ti es cosa de vida o muerte, y si quieres salirte con la tuya, con borracheras suicidas no se va a fijar en ti, ya lo conoces.

VIRGINIA.—Lo amo, Chela, lo amo, yo daría mi sangre porque me quisiera...

CHELA.—A ver qué brota del charquito que me hiciste aquí.

VIRGINIA.—Perdóname manita, yo deveras quise mandar todo al carajo. No sé qué voy a hacer porque no sé... o la vida no es para mí o la suerte me tiene que cambiar, no sé.

10

El cuarto de Emeterio. El está acostado; entran Virginia y su mamá, que lleva sábanas de ofrenda.

MAMA.—A ver, jovencito, te vas a parar para cambiar las sábanas.

EMETERIO.—Quihubo Virginia, qué guapa vienes, qué milagro que te dejas ver...

VIRGINIA.—Para que te alivies pronto.

MAMA.—Mira, por qué me dejaste ese dulce ahí.

EMETERIO.—Porque está muy dulce, no me cayó bien.

MAMA.—Y lo hice especial para ti, ora dime qué vas a querer de comida.

Entra el Papá.

PAPA.—Buenas tardes joyen.

EMETERIO.—Buenas tardes señor, qué dice.

PAPA.—Ahí te habla Fito, Niño.

130

VIRGINIA.—¿Rodolfo?

PAPA.—Que si no puedes salir un rato.

VIRGINIA.—Voy, órita regreso a ver cómo sigues, eh.

Sale.

PAPA.—Cómo va la inflamación.

EMETERIO.—Pues creo que mejor.

PAPA.—No hay que dejarla que esté mejor, malo hay que quitarla. Compermiso.

Sale el Papá.

MAMA.—Ya está caliente el agua por si te quieres bañar, y dame de una vez esa piyama para que le ponga botones a la braguita.

11

Calle. Virginia se acerca a Fito.

VIRGINIA.—Pa qué soy buena.

FITO.—Pues venía a entregarte esto; es la cruz que me diste y todo...

VIRGINIA.—Si son cosas tuyas yo pa qué las quiero.

FITO.—Pensé que sería mejor regresártelas.

VIRGINIA.—Por qué... si ya no las quieres tiralas o véndelas, a mí no me sirven de nada.

FITO.—Es que no quiero tener compromisos contigo y si me quedo con esto voyas a creer que lo hay.

VIRGINIA.—Andas mal, son cosas que creí que te gustarían y ya; por qué iba a creer lo que no.

FITO.—Podría ser y esto que no quiero.

VIRGINIA.—No, no podría ser, pero si te estorban ni pepe.

FITO.—Sabes, también venía a pedirte por favor que me des mis retratos, no quisiera que te quedaras con nada mío.

131

VIRGINIA.—Uy, pues quién sabe cómo le vayas a hacer, imagínate cuántos recuerdos guardo.

FITO.—Lo nuestro terminó.

VIRGINIA.—Tú lo has dicho: ya sé. Entonces para qué vienes a mamarte el dedo pidiéndome las fotos cuando yo misma las pagué, y a nadie se las tengo que enseñar.

FITO.—Como ya sabes, voy a casarme con Fidelia y no me conviene que haya malentendidos y habladas que a ella la puedan lastimar.

VIRGINIA.—Ay mira, cuánto dolor: pues tú vele diciendo todo lo que sabes, por lo que a mí respecta, no me importa lo que sienta la otra.

FITO.—Bueno, mejor; porque de paso también quiero decirte que ya no vuelvas a mi casa a dar serenatas, porque la gente nomás habla y si a ti te tiene sin cuidado a mí no.

VIRGINIA.—No te preocupes: la chancla que yo tiro no la vuelvo a levantar.

12

En la tonda. Virginia está sola en una mesa arrinconada sufriendo calmada y borracha, después empezará a llorar y a jalarse los cabellos.

Después de tantas noches
de amargo sufrimiento por no saber de ti,
ya ves, no te he olvidado
y no te he traicionado, te sigo siendo fiel.
Y pasará otra noche y pasarán mil noches,
y tú jamás vendrás,
pero yo que te sigo adorando

132

seguiré por tu amor esperando
aunque sufra más, más.

VIRGINIA.—Por qué, por qué... ayyy, por qué.

13

Virginia en la casa de la Señora Rosa; la señora le lee las cartas de la baraja. Virginia está desahucjada.

SEÑORA ROSA.—... seguimos con la línea de su suerte, vea: para usted misma, penas y sufrimientos por esta separación y abandono del mismo hombre que de cuerpo entero con esta mujer blanca trata carta de matrimonio; usted, en cuerpo y alma, piensa todavía en sus lazos amorosos con él que, uno dos tres cuatro cinco seis siete: la tiene fuera de su vida: ya qué busca en una situación así. Tiene que haber un rompimiento para que salga del estado en que se encuentra y mejore su condición. Para usted un camino de noche: un hombre joven interviene en su vida, es el triángulo de usted, mire, aquí está él, atravesando la línea de su destino, lo tiene cerca y piensa que usted puede llegar a triunfar y le da gusto, la necesita, hay también una mujer morena cerca de él que lo sigue y piensa en cama de amores con él, tiene que cuidarse de esta muchacha. Hay otro hombre prieto muy borrachín ¿no? que la busca y siempre quiere sonsacaarla, llevársela lejos... y todavía se queja. Por lo que espera: con seguridad para usted, un viaje, sorpresa de alegría, y asunto de trabajo; recibirá noticias de alguien que está fuera, prosperidad para su casa... Y pues tiene que poner algo de su parte para que deje

133

de estar así, tiene que quitar todos estos estorbos, olvídense ya de ese hombre.

VIRGINIA.—Ay señora. . . es que. . . todo esto me da tanta tristeza, lo quiero mucho y no, no sé qué voy a hacer. . .

SEÑORA ROSA.—Haga lo que le digo, dese su lugar, que la vean contenta, no que así, mira nomás a esta pobrecita cómo la traen, es lo que dirán todos,

VIRGINIA.—Yo siento que ya nada tiene importancia, que no vale la pena vivir, que todo va a ser un eterno sufrir.

SEÑORA ROSA.—Y cómo le parece que no va a tener importancia un eterno sufrir, entonces para qué chilla, nomás imagínese. . . después de que Dios se la pasó creando tantas maravillas, llega usted para decir que no vale la pena; qué cuentas va a dar el día del juicio por esta tontería, a ver.

VIRGINIA.—Si hasta entonces todo sigue igual, que Dios me perdone pero hay cosas que no debían ser.

SEÑORA ROSA.—Para todo lo habido y por haber fue creado el universo; eso no fue como quien dice ahí se va, según usted, la cosa más insignificante proviene de otra que tiene el impulso del Supremo Poder. Un granitito así de sal en la arena se lo deja el mar de probadita como quien no quiere la cosa; deshágalo en su boca, pero vea el mar: cuánta vida tiene, ese color y esa grandeza que se extiende hasta el infinito; cuántas fuerzas astrales debe contener si está lleno de criaturas, cuánta energía divina necesita para descargar esa potencia, de dónde le llega. . . uno que está, vamos a decir en la otra parte de la vida, en la tierra: en la parte salida de las aguas después del diluvio universal, con mucha más razón recibe esa influencia: nos toca la brisa, la marea, los truenos y los relámpagos; el

viento, el sol, la luna, tantísimas constelaciones. . . uno también pone su granito de arena para un montón de cosas: uno piensa, quiere, siente, sueña, imagina, ambiciona, inventa, destruye, crea, cambia las cosas, las busca provoca, elige, y de qué nos sirve la voluntad si somos ignorantes. . . al querer algo prepara lo que se le ha de cumplir un día.

VIRGINIA.—Lo que yo tengo, lo que quiero, lo que creo, lo que deseo, lo que pienso, no cuenta para nada, así qué hago, para qué sirvo, para quién estoy viviendo. . . cómo voy a saber si Dios ya me tiene olvidada.

SEÑORA ROSA.—Dios no se hace desentendido para nada, ya sabe de qué tiene usted necesidad, pida: a El le gusta que le pidan.

SEÑORA ROSA.—Lo que necesita es fortificar su espíritu, pida que se le quiten las perturbaciones; piense que el dedo de Dios basta para poner todo en su lugar, y rece un padrenuestro, que es una oración preciosa, fijese: Padre nuestro que estás en los cielos. . . ¿se da cuenta? . . . Padre nuestro que estás en los cielos: quiénes somos nosotros para tener un padre que está en los cielos.

VIRGINIA.—Somos hormigas, ¿no?

SEÑORA ROSA.—Hormigas. . . pero hay un árbol de la vida que debemos subir, porque si el reino de Dios no viene a nosotros nosotros llegaremos algún día, si de Dios pa abajo no hay otro remedio.

Gran telón de carpa. Aparece un animador.

ANIMADOR.—¡Reina la alegría y sigue su variedad amigos: para darle fogosidad y vibrar de emoción, cadencia de trópico que viene de las antillas: con ustedes, el ritmo hecho mujer: María Antonieta Ruvalcaba!

Se corre el telón: telón de fondo con palmeras pinadas, bongós, luna llena, mar, algún negrito. Aparece Virginia con el pelo teñido de rubio y vestido cintilante de rumbera, euforia de alarido: aplausos, chillidos, piropos, leperadas, sensación. Número con música escandalosa y final logrado: aplausos, chillidos, etcétera.

—¡Mucha ropa!

VIRGINIA.—¡Ven y quitámela!

Camerinos o algo así para todos.

VIRGINIA.—Uf. La pinche vieja de la tercera banca se la pasó chingando con que bailara yo como en las películas, que se hubiera subido a enseñarme cómo a ver qué siente, a quien creía que estaba viendo.

—Ahí te busca un gandalla.

VIRGINIA.—Quién. ¡Buzo, dónde andas metido!

BUZO.—Estas sí son aguas: te vi y órale.

Se abrazan y manosean.

VIRGINIA.—Qué sorpresa, no me lo esperaba, cuándo supe que íbamos a venir a Valle, luego luego pensé en ti, pero como te pierdes tanto tiempo no creí que fuera a verte.

BUZO.—Tú sí que diste el cambiazo, desde cuándo le haces a la movida.

VIRGINIA.—Te apantallé.

BUZO.—Hijo, no lo quería creer, estás re-tocada, qué quieren decir esos pelos de elote y esa cara, jajaja, quien te viera... de mucho estilo, enseñando todo, que se me hace que ya andas aflojando la nalga.

VIRGINIA.—Pero no la dejo caer tan fácil.

BUZO.—Tenemos que estar solos, tienes que verme encuerado a mí; mira, hasta dónde tengo pelo, ora si me das champú.

VIRGINIA.—Te hago garras.

BUZO.—Yo aguanto hasta que tú digas, ¿no estás viendo el cuerpo que tengo?

VIRGINIA.—Sí chiquito, cómo le haces.

BUZO.—Chiro, me vas a dar chón a mí solito si no para irme a bailar por otro lado.

VIRGINIA.—Estoy puestísima: desabróchale aquí, voy a cambiarme de ropa, espérate a que termine la función y nos vemos a la salida, o tú qué vas a hacer.

BUZO.—Lo que quieras, tú eres la maestra de todas éstas, di si no.

VIRGINIA.—Tú sabrás, yo no soy de la tandareola.

BUZO.—Pero qué buena estás... dónde te busco luego, cuántos días vas a estar aquí o qué compromisos tienes.

VIRGINIA.—Ninguno, nos vamos mañana, ya cubrimos la plaza.

BUZO.—Tenemos que aprovechar el encuentro, dónde paras, te caigo de gaviota más tarde y nos quedamos toda la noche juntos, ¿ya vas?

VIRGINIA.—Mejor ven a la pachanga con los del elenco, festejaremos mi debut, y así me haces el honor de acompañarme.

BUZO.—Pero si hoy te vi, al derecho y al revés, quiero coger contigo a todo dar, hay tiempo para todo.

VIRGINIA.—Qué cabrón eres, nomás esto me faltaba.

BUZO.—Y qué esperas que no te encueras.

16

Fiesta en sus últimas consecuencias: los invitados están organizados en parejas, grupitos de borrachos; se oye la canción que interpreta una solista compungida. Virginia está con el Buzo que la tiene abrazada, se dicen cosas, ella chiquitea su copa.

MI último refugio
pensé que fueras tú
y fue mi gran fracaso
poner mi fe en tu amor,
hoy frente a ese fracaso
que me hace padecer
sangrándome la vida
me escondo en mi dolor.

BUZO.—...por Dios Virginia, todo eso tú no lo sabes. Cuántas veces no he pasado por tu casa de madrugada, y cuando me quedo en el parquecito tú has de estar bien dormida: luego hay veces que voy a buscarte y ni estás, a poco no te dicen, el otro día por poco le pego al mono ése que salió a abrir.

VIRGINIA.—Hubieras regresado después, esa vez al ratito de que te fuiste llegué yo.

BUZO.—Pero aquí estamos a toda madre, verdad, ya quería verte... a la mejor esto fue telepática, desde hoy en la mañana me estuve acordando de ti, si estuve en el teatrito ése fue porque te vi anunciada.

138

VIRGINIA.—Me estás cabuleando, ni me reconociste, nomás fuiste a chotear.

BUZO.—No fue eso, preguntale a mis cuates que dije, que yo te conocía, luego luego quise ir a saludarte, si me dio un chorro de gusto, si me gustaste mucho...

El le da un beso.

BUZO.—Bien, no así.

Se dan otro.

BUZO.—Te quiero Virginia, te quiero.

VIRGINIA.—Ya sé, allá de campanada, cuando menos no dejas de quererme, pero así como me lo demuestras: para ir a verme te tomas la del estribo, me dices que me necesitas, que me extrañas, que viva contigo, y esa es tu despedida, luego desapareces meses enteros.

BUZO.—¿No siempre voy a buscarte? Cada cuándo quieres que vaya.

VIRGINIA.—Siempre que estés en tu juicio: cuando estás borracho te entra el amor y es cuando menos te puedo hacer caso, porque no sé qué piensas realmente.

BUZO.—Pienso en estar contigo, si no a quién iba yo a ver, si tú me vieras ahogado no podías decir que te olvidé.

VIRGINIA.—En tus cinco sentidos has de pensar diferente y por eso no vuelves a buscarme, en ese plan sólo puedo esperar de ti otra parranda para saber que existes.

BUZO.—Vente a vivir conmigo, aquí tengo casa, estoy solo... aquí ni tomo, nadamás cuando voy a México pero ya no quisiera tomar, por eso luego no voy; aquí ando con una novia y yo quisiera que fueras tú, vas a ver que puedo cambiar.

139

VIRGINIA.—Volvemos a lo mismo: orita ya estás borracho... si es cierto lo que me dices, mañana hablamos con más calma; mañana te das más cuenta de las cosas, me puedes decir todo lo que quieras y ya sabré a qué atenerme.

BUZO.—Si ya te lo estoy diciendo por qué no me agarras la palabra, quédate conmigo hoy...

VIRGINIA.—No, así no.

BUZO.—Por qué no, qué tiene...

VIRGINIA.—Ya te dije. Mañana podemos estar todo el día juntos, me quedo contigo el tiempo que quieras, lo que necesito es estar segura, nadamás eso.

BUZO.—Verdá buena que te quiero... yo tendré con quien estar y lo que siento por ti no se me quita, pero qué ha pasado otras veces... no sé cómo le llames a esto; qué es lo nuestro... un pinche deseo o qué... a ninguna María he seguido tanto como a ti.

VIRGINIA.—Me acostaría contigo aunque no tuviera ganas, pero así ni podemos hacer bien las cosas, no vale la pena.

BUZO.—Qué cruel eres... qué cruel...

17

Estancia renovada. Emeterio está visible; se oye el radio, trajin en otra pieza.

VOZ DE LOCUTOR.—Estamos recibiendo otra llamada en su programa Voz y sentimiento, que corresponde a... bueno.

VOZ DE MUJER.—¿Es Radio-Cadena?

VOZ DE LOCUTOR.—Sí, señorita, de qué colonia nos llama.

VOZ DE MUJER.—La Atlántida.

140

VOZ DE LOCUTOR.—Y qué canción quiere escuchar.

VOZ DE MUJER.—La gloria eres tú.

VOZ DE LOCUTOR.—Muchísimas gracias, y dedicada a quién.

VOZ DE MUJER.—O Rayito de luna, al joven Emeterio Nava.

VOZ DE LOCUTOR.—Quién se la dedica.

VOZ DE MUJER.—Ay... pues él ya sabe, de quien mucho lo quiere y estima, hadamás deseando que se alivie pronto.

VOZ DE LOCUTOR.—Bueno, bueno... colgó. Sigán reportando sus peticiones y va para el auditorio que nos escucha en la colonia Atlántida ésta que ya pidieron.

Como un rayito de luna

entre la selva dormida

así la luz de tus ojos ha iluminado

mi pobre vida,

tú diste luz al sendero

en mis noches sin fortuna

iluminando mil cielo como un rayito

claro de luna.

Pasa Virginia a tirar una cabaña de agua afuera; lleva puesto un overol manchado de pintura, cal, una pañoleta que se quita para limpiarse el sudor; sacude su pelo.

VIRGINIA.—Uf, me doy hasta mañana pintó la pared, ya oscureció.

EMETERIO.—A qué salió tu mamá.

VIRGINIA.—Ve tú a saber, a mí no me dijo nada.

Tocan la puerta: Emeterio dice que se va a dormir

141

En ese tiempo a que le conteste; Virginia va a abrir, entra Chela.

CHELA.—Buenas...

VIRGINIA.—Buenas las tengas, pásale a lo barrido.

CHELA.—Mira, también la pegas de albañil, te quedó bien: sala nueva y toda la cosa; cortinas, carpetas, linoleo, qué echadita a perder, ni que fuera a venir el presidente.

VIRGINIA.—Ay tú, para él no arreglaría tanto, aquí recibo a mi chamacón; ya hacía falta cambiar el cuchitril de casa.

CHELA.—Ora menos vas a querer ir a la fonda, como ya desde que eres artista no te juntas con la plebe.

VIRGINIA.—He querido ir a verte para platicar contigo pero no he tenido tiempo, tengo que ensayar, preparar vestuario, ver gente; ayer estuve cotorreando en el Champotón, ya me querían de pareja más de dos pero pues no me conviene: me movilizo más yo sola.

CHELA.—Si no se te revienta la cuerda está bien aunque sea para que te aloques, ya que andas en el fandango.

VIRGINIA.—Lo que me desanima es que a veces el público es muy vulgar, creen que también voy de talonera, hasta condones me aventaron la otra vez; si yo les voy a bailar decentemente deberían respetarme no crees, ni tanto que me pagaran. El que más me anima es Chester, ya sabes, cuando bailo hago de cuenta que él me está viendo.

CHELA.—Entonces sigues.

VIRGINIA.—No sabes cómo y con qué gusto; el otro día me enseñó un pasito bien chévere, tan vaciado, luego llego cansada, harta, y ya me está esperando para ir a dar la vuelta, hace que se me quite el mal

humor, y cuando se pone el tiro ya te puedes integrar. El otro día me pidió que le dedicara una foto en que estoy con una bata de plumas, ay, no sabía ni qué ponerle, si escribo re mal, y haciendo a un lado la pena le pongo: Para el inolvidable Chester de quien mucho lo quiere y espera lo mejor del mundo para él. Que se me queda viendo tú, y me da las gracias, pero hubieras visto de qué manera me voló y más todavía porque luego me regaló un libro, Corazón diario de un niño, y en la dedicatoria pone que para que aprenda a leer, tú crees, espérate tantito.

Va a otra habitación; regresa más actualizada.

VIRGINIA.—Mira, este es el libro, Chela lee la dedicatoria, asiente y lo hojea.

CHELA.—Hasta con pétalos de rosa.

VIRGINIA.—Y mira esto.

CHELA.—Ay qué chistoso se va, es él.

VIRGINIA.—Es de cuando salió de primaria; y ve esta otra: ¿no está como pa que se te calgan los calzones con ese copotote?

CHELA.—Está chulito, a ver la dedicatoria, Virginia: guarda la presente foto de tu viejo como el mayor afecto que te puede ofrecer un amigo. Ora ponle un altar.

VIRGINIA.—Altar en mi corazón, si lo adoro, si es para estarlo viendo siempre, quererlo siempre, apparatuslo.

CHELA.—Pues si tú quieres y él se deja, siguelo haciendo la lucha; cuando te dé de patadas escoba con el cuadro.

VIRGINIA.—Le pongo el mundo a sus pies, te juro.

Entra la Mamá cargando bolsas.

MAMA.—Vengo rendida; tuve que ir hasta la Aurora por la pintura y que mañana les llega el color; traje

so y agüarrás, quihúbole Chelá, a qué hora llegaste.

CHELA.—Ya me iba.

MAMA.—Se me hizo re tarde, ¿y Emeterio? ¿Ya aprendió?

VIRGINIA.—Se fue a acostar.

MAMA.—En todo el día no quiso probar bocado, a qué le preparó en una carrera.

CHELA.—Y él qué dice, cómo ha seguido.

MAMA.—Se la ha pasado de la cachetada estos últimos días, se desespera de no hacer nada, ya quisiera ir; pero el doctor le dijo que cuando menos un mes se debe estar en reposo absoluto, te imaginas lo que es eso, la tensión nerviosa es la que no lo deja alirse.

CHELA.—Bueno, un mes como quiera se pasa.

MAMA.—Es lo que le digo; pero también ha de eshartar de ver las mismas caras todo el tiempo.

CHELA.—Pues que el Niño le dé variedad.

VIRGINIA.—Por eso ando de fáchas, con decirte que ya rompió el retrato que le diste, donde estabas en traje de baño.

CHELA.—Ah sí... claro, cómo a ti te ha de ver enserada y yo no puedo hacerte la competencia, nomás que te la haga bonita cara.

MAMA.—Para qué meter al muchacho en sus habidas.

CHELA.—Nomás pa pasar el rato, pero ora sí ya voy, que acaben pronto, ya parece casa.

MAMA.—Nos costó un trabajal de miedo; falta que ligan una consola, habrá pachanga para dar el rejón.

CHELA.—Mejor tapen las goteras, bueno, nos vemos, y salúdenme al enfermo; después me doy otro pécito para venir a verlo.

MAMA.—Fíjate que le hizo daño el puchero que le trajiste.

CHELA.—Ujule, pues pásame su receta.

MAMA.—Mejor ya ni le traigas nada, porque está a dieta.

CHELA.—Ah, vaya, cuídelo mucho, ya no le de tanto atole con el dedo. *(Sale)*

MAMA.—Ay, si no fuera tan metiche y pinchurrienta me caería mejor. Voy a ver a Emeterio, pobre muchacho, ya es hora de que tome algún alimento.

18

Calle. Chester platica con unas amigos; unos niños juegan; pasan Fito y Fidelia, que lleva puesto un hábito de la Virgen del Carmen.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!

Los niños se arrodillan a su paso, le levantan el hábito para verle las piernas.

FIDELIA.—¡Ay, desgraciados escuincles, quítense!

FITO.—¡Váyanle a ver los calzones a su madre!

—¡Cúbrenos con tu mantol!

—¡Con suerte tiene piernas de popotel!

—¡Que enseñe lo que lleva abajo!

FIDELIA.—¡Vas a ver si no te aguso con tu papá, infeliz!

FITO.—¡Te lo dije que no anduvieras así en la calle!

FIDELIA.—¡Ultimadamente si no quieres, sacar la cara por mí yo puedo andar sola, déjame!

FITO.—¡Fidelia, ven acá!

FIDELIA.—¡Déjame!

CHESTER.—La vas a lastimar, hijo, no te encajes.

FITO.—Ah, quihubo, ¡espérame Fidelia!

Fidelia huye sin perder tiempo.

CHESTER.—Déjala ir sola, ya la hiciste enojar.

FITO.—Estos pinches mocosos tienen la culpa, no saben respetar nada.

CHESTER.—Pero si ya se van a casar no la maltrates desde orita, no seas gañán, ella qué te hace con andar así.

FITO.—Oyeme, qué manda se le ocurre prometer, hasta que se vista de novia va a cambiarse.

CHESTER.—A poco no eres creyente.

FITO.—Eso no obedece a ninguna fe: lo que pasa es que así ha de tener la conciencia.

CHESTER.—Pues de virgen, ¿no?

FITO.—De no irse a confesar en lugar de andar haciendo el ridículo, bien que le saca a la penitencia.

CHESTER.—Ay ojón, ¿no que confiabas mucho en ella?

FITO.—Estoy que no me calienta ni el sol, hadamás contigo puedo explayarme, no se lo vayas a decir a nadie: figúrate que recibí un anónimo donde me decían pestes de Fidelia; que me estaba viendo la cara de güey, que ella no era quinto, que un cuate mío se la cachondeó en el cine Isabel y que había perdido hasta un monedero. Hijo, mano: yo sentí que cagaba pa dentro y que voy a verla bien encabronado, la desconocí.

Fito va a donde lo espera Fidelia, vestida muy mona con crinolinas y tobilleras.

FITO.—¡No quiero que me des ningún besito! ¡A ver: dame cuentas de esto orita mismo, te lo exijo desgraciada!

Fidelia se sobresalta pero lee sin aparentar nada.

FITO.—¡No te quedes calladota!

FIDELIA.—Bueno, hay que tomar las cosas como de quien vienen; qué más te puedo decir.

FITO.—¡No te arde la cara de vergüenza o qué piensas que es esto!

FIDELIA.—Es un anónimo, si te lo dijeran en mi cara yo debería enojarme por eso y no tú, mi vida.

FITO.—¡Tu vida está en el rastro, mira, mira, res-trégate esto en la cara para que te des por aludida!

Fidelia le da una cachetada.

FIDELIA.—¡Tú eres el que viene a insultarme creyéndome capaz de una bajeza: soy una señorita decente y creí que lo sabías!

FITO.—¡No lo había dudado pero ahora quiero estar seguro! Vas a decirme qué significa esto, a nadie más se lo puedo preguntar: aquí dice tu nombre, el que lo escribió sabe lo que dice porque lo pone con todas sus letras, además entendiste lo que quiere decir.

FIDELIA.—Yo supongo que se trata de una peladéz con el afán de molestar, y si tú le das crédito entonces debes saber quiénes son tus amigos, ve a reclamarles a ellos, que son los que me ofenden.

FITO.—Yo no puedo traerte de boca en boca averiguando esta cuestión.

FIDELIA.—Estás lucido si pretendes que yo lo aclare; si esto hádile lo firma por que lo das por cierto.

FITO.—Esto ha venido a cambiar el concepto de las cosas porque yo no creí que pudieras andar en chismes, la prueba está aquí: quién se puede meter así contigo.

FIDELIA.—Alguien muy interesado en querer separarnos, yo de quién voy a sospechar.

FITO.—Es una cuestión de dignidad, Fidelia; ya no puedo pensar seriamente en llevarte al altar si pesa sobre mí esta duda.

FIDELIA.—¡Qué te has creído para tratarme de esa

manera cuando yo sí he sabido comportarme contigo sin aceptar tus proposiciones indecorosas!

FITO.—Me demostraste que eras decente y por eso te propuse matrimonio; pero quiero saber si eres señorita, para que quede claro.

FIDELIA.—¡Qué bajo y qué vil eres Fito!

FITO.—Comprende chiquita, esto ya no me lo pueden sacar de la cabeza y no voy a basar nuestra felicidad en la incertidumbre, es por el bien de los dos.

FIDELIA.—¿Y por el bien de los dos basas mi honradez en una vulgar difamación? no te lo perdonaré nunca, ¡nunca!

FITO.—Perdóname si lastimo tus sentimientos; tampoco quisiera calumniarte pero la sola idea de que hayas pertenecido a otro hombre acaba con cualquier juramento de fidelidad que podamos hacer; tienes que comprenderlo si ya formalizamos nuestras relaciones.

FIDELIA.—¿Y crees que mi ideal era llegar a la iglesia vestida de blanco, con la mancha en la conciencia de haberme entregado a ti antes de recibir la comunión?

FITO.—Esto nos servirá para tener una base sólida de casados si es prueba absoluta de amor.

FIDELIA.—¿Sólo eso es necesario para que vuelvas a tener confianza en mí?

FITO.—El anónimo me indignó sobremanera porque va tu honor en juego, y el mío si es que voy a darte mi nombre, entiende Fide.

FIDELIA.—Está bien, Fito. Nadamás te pido que tengas la delicadeza de esperar hasta que yo esté dispuesta.

FITO.—Si ha de ser tiene que ser hoy mismo, no podría dormir en paz hasta que tú quisieras.

FIDELIA.—A dónde vas a querer llevarme.

FITO.—A mi casa, no voy a tratarte como si fueras una perdida.

FIDELIA.—Bueno, deja ir a decirle a mi mamá que vamos al cine.

Se va.

FITO.—En cuanto llegamos a mi casa se metió a mi cuarto; no tuvo ningún pudor en desnudarse; en el fondo estaba ansiosa de que me la cogiera y no me demostró lo que yo quería, luego resultó que la señorita estaba en su mes —tú crees— así no me di cuenta de que haya sido el primero, tampoco le dolió, nomás se movía, cerraba los ojos y me decía aguanta tantito, ¡qué opinión voy a tener de una "señorita" que dice eso! . . . yo quedé con la moral en el suelo. Le dije que no me había convencido, se puso a llorar y me juró y perjuró que yo era el primer hombre en su vida; no quería vestirse y ya mero llegaba mi papá, tenía que cortarla; después nos fuimos al cine y ni vio la película por estar dale dale con que le creyera; luego la llevé a su casa en un plan más serio pa que viera que no me iba a agarrar de pendejo, y llegando al zaguán ¡bolas! que sale su mamá echa la madre, me jala de los cabellos insultándome, a Fidelia la agarró a cachetadas por coscolina, porque resulta que alguien nos vio salir de mi casa y como ella iba llorando le presté unos lentes oscuros, ya habían ido con el chisme, la muy mustia agregó que ella se resistía a todo.

CHESTER.—Oye, qué otra cosa querías: te la hubieras llevado a un hotel; así probabas si era decente su actitud porque ninguna señorita honrada se va con un cuate al catre, y si se mete por amor ni necesidad tendría de salir llorando, cuál es el fijón.

FITO.—Qué tal si nos ven entrar al hotel y entonces

si nos agarran con los calzones en la mano y a huevo me casan con ella.

CHESTER.—Se tenían que casar: sea como sea te la tiraste.

FITO.—Estoy arrepentidísimo: ahora dice que ya tiene tres meses de embarazada y que no me va a esperar hasta que se le note; yo no tenía planes de inmediato, ahí andamos consiguiendo todo a la carrera, muebles de segunda mano, qué gusto voy a tener de ponerle casa, de vivir con ella, con todo esto le perdí el cariño de tan exigente que se puso, si por mí fuera ya me hubiera pelado.

CHESTER.—Hay que arreglárselas bien, chómprlas, ni pedo.

FITO.—Pero quién sería el infeliz que me mandó el anónimo, y con qué fin.

CHESTER.—Pues para que abrieras más los ojos, pero se te botó la canica. Y ahí nos vemos hijín, tengo que ir por mi pantalón a la tintorería y a darme un regaderazo; quedé muy formal de ir a la fiesta del Niño y ya me ha de estar esperando.

FITO.—Andale, me la saludas; ya supe que ora tú la rifas con ella.

CHESTER.—Me la saqué, eso me fueron a decir, cómo la ves.

FITO.—Ten cuidado, no te dejes influenciar.

Se oye música de otra parte mientras siguen hablando.

Vende caro tu amor, aventurera,
paga el precio del dolor por tu pasado;
aquel que de tus labios la miel quiera
que pague con brillantes tu pecado,
que pague con brillantes tu pecado.

Calle. Está la flota y algunos niños. Aparece Virginia muy llamativa, lleva una caja envuelta para regalo, anda feliz.

—¡Aguas! Miren quién viene ahí.

—¡Ayayay! ¡Ay-ay-ay...!

—¡Fiuu fiuuu! ¡Fiuu fiuuuuu! Fiuu fiu!

—¡Pasa la caja!

—¡Ora Chilazo, llégale a tu vicio!

—Ay Niño, si yo fuera hombre...

VIRGINIA.—Quihubo, qué pasión.

—Estás como quieres mamacita.

VIRGINIA.—No mamut, ¿han visto al Chester?

—No, pero yo te saco de cualquier apuro.

—Si pregunta por el Chester no te va a dar chance.

—Ando jarioso Virgen, ¿no habrá modo?

VIRGINIA.—Pues hazte una manola a ver qué te sale pinche escuincla.

—Ay tú, yo creí que te gustaba la ternura.

—Bueno, qué rol, a dónde vamos.

VIRGINIA.—A ver*si Chester está en su casa.

—Para él es el regalito.

VIRGINIA.—Regalote: no ves que hoy es el día de las mulas.

—Yo lo vi con una mona en la feria, nomás le faltaba la cola.

VIRGINIA.—Quién era esa mona.

—¡Ah chispas, ya la regué!

—Vete a ver si ya puso la puerca, órale.

VIRGINIA.—¡Dime con quién lo viste!

—¡Con la mamá de Graciela pero no le digas que yo te dije!

—Ha de estar con el Teco.

VIRGINIA.—Que le aproveche.

Virginia tira la caja y se da la media vuelta.

—¡Oye, Niño, ven, por qué tiras la caja! (*La levanta*)

¿Ya no la vas a regalar?

—Alcánzala, no la dejes ir.

—No te vayas, espérate.

VIRGINIA.—No puedo, tengo que hacer.

—Y por eso te chiveas.

VIRGINIA.—Voy a ensayar hombre, mañana salgo a Veracruz y nadamás tengo un número montado.

—Así ni vas a poder bailar, estás temblando, necesitas estar bien parada ¿no?

VIRGINIA.—No, tú no sabes, así se empieza.

—Bueno, qué con la caja.

VIRGINIA.—Te la regalo.

—Ah, ¿te cai?...

VIRGINIA.—Negra y tenebrosa sí no.

—Ya rugiste.

Deshace la envoltura.

—El moño te lo doy...

Abre la caja; saca una chamarra roja.

—¡Qué padrota chamarra! ¡Te la sacaste Niño, está a todísima madre, gracias! ¿Deveras me quedo con ella?...

VIRGINIA.—Póntela, a ver si te queda.

—Cómo no.

Se la pone; se luce, lo chotaen.

—Oye pues yo te disparo las cheves, no me vas a dejar sin darte el remojo.

—¡La cuelga, la cuelga!

—Ustedes pagan las suyas cabrones.

—¿Sí vienes, verdad Niño?

VIRGINIA.—Total: un chupito no se le niega a nadie.

Taquería. Los de la flota ocupan dos mesas, Virginia parece muy animada por todos —que sí están contentos—, y la custodia el de chamarra roja; ríen, se apuntan para contar chistes, llega Chester con una muñeca de yeso pintada en traje de baño; hacen silencio circunstancial.

CHESTER.—Quihubo, te ando buscando hace una hora.

VIRGINIA.—Es el tiempo que tenemos aquí; si andabas en la feria te hubieras subido a los caballitos.

CHESTER.—Estuve, pero nadamás le ayudé a doña Mena a tender el puesto; y esto lo saqué tirando el aro, es para ti, una alcancía.

Pone la muñeca en la mesa.

VIRGINIA.—Ah, ¿me la regalas?

CHESTER.—Tú tienes más feria ¿no? yo qué le echo.

VIRGINIA.—Algo te ha de sobrar, pero si prefieres quedar bien conmigo, muchas gracias.

CHESTER.—Bueno, tú párate de ahí, déjame sentar a mí.

El otro se cambia de lugar.

CHESTER.—Bonita chamarra, quién pompó.

—Ya ves.

CHESTER.—Se me hace que no es tuya, ni le has quitado la etiqueta.

VIRGINIA.—Yo se la acabo de regalar.

CHESTER.—¿Ah sí? qué te parece: ya te tomó la medida.

—Nomás al tanteo.

CHESTER.—Ora deja que me fije yo, quítatela.

—Por qué crees.

CHESTER.—Se me hace que no estás tan mamado, quítatela.

—¿Nomás por darte gusto?

CHESTER.—Por eso papacito, quítatela o te la quito.

VIRGINIA.—No empieces de sangrón, Chester.

CHESTER.—Tú te callas.

VIRGINIA.—Yo se la di.

CHESTER.—Te voy a quitar lo dadivosa a ti también.

—Uno no te ha hecho nada, por qué vienes a broncear.

CHESTER.—Porque ya me cagaron los huevos: cáite con la chamarra o te la rompo, qué esperas, ¡orita mismo órale!

Muy prudente se quita la chamarra, Chester se la arrebató.

CHESTER.—Y tú párate, vámonos.

VIRGINIA.—No me voy, no vine contigo.

CHESTER.—Me vas a acompañar, párate.

VIRGINIA.—¡No voy contigo a ningún lado, tú no me mangoneas chiquito!

CHESTER.—Te paras o te paro a punta de madrazos.

VIRGINIA.—Pues si quieres date con la pared porque puedo mandarte a la chingada: a mí me gustan muy hombres, no machotes como tú.

CHESTER.—Cállate el hocico, pelada, si quieres que te rompa la cara ¡toma!

VIRGINIA.—¡Ayyy!

Virginia le rompe la muñeca en la cabeza.

CHESTER.—¡Estúpida!

VIRGINIA.—¡Ay ay, en la cara no, en la cara no! ¡Ayyy!

—¡Ya estuvo suave pinche Chester!

CHESTER.—¡Tú suéltame porque te va peer! *Virginia queda sobre la mesa cubriéndose la cara, llorando; Chester desgarró la chamarra y se la avienta.*

CHESTER.—¡Y esto es para que te hagas una máscara! ¡Ora lárgate de aquí, no quiero verte donde yo esté!

La para de un jalón y la saca a empujones.

CHESTER.—¡A la verga, aquí voy a estar yo! *Salen los muchachos; uno agarra la chamarra, otro va a pagar la cuenta. Chester va a sentarse.*

El cuarto de Emeterio. Él está acostado, se ve feliz con la presencia de Virginia, que está sentada junto a él platicando muy contenta.

VIRGINIA.—...Qué lindo es, ojalá venga aunque sea por unos días, le decían el Espinita, de chicos jalábamos juntos pa todos lados con la flota de cuates; me ponía sus pantalones todo el día porque ningún vestido me duraba, siempre pasé como su hermanito y como si parecía niño, primero de cotorreo y después por costumbre se me quedó Niño de apodo.

EMETERIO.—Se oye más bonito Virginia.

VIRGINIA.—Es distinto; yo no me hubiera cambiado nunca de ropa, andaba tan a gusto, a mis anchas, porque nadie me chistaba nada; en la escuela las pinches chamacas me decían la más-carita, por eso ya no volví, en cambio los muchachos me daban preferencia y sentía yo mucha libertad porque andaba como si fuera uno de ellos, uno más, éramos muy unidos, deveras a toda madre. Andaba con Quique en los llanos jugando fut, en las fiestas, en los cines, los billares, por todo el

barrio, con otras pandillas, en broncas sucias le entraba yo a las patadas y él cacheteaba a quien fuera; a veces nos pasaba cada cosa tan chistosa, ahí tienes que me hice novía de un chavito, andábamos en el puro rebane porque la gente que no sabía la neta se quedaba de a seis: un día nos tuvimos que bajar del camión, otro día nos la mentó un señor que nos vio besarnos, y una vez en la mañana, ay, qué despapaye anduvimos como dos años, se llamaba Leonel...

EMETERIO.—Fue tu primer amor.

VIRGINIA.—Se puede decir, fue el primero que se fijó en mí y todo eso, cuando me besaba cerraba los ojos el muy faramalla.

EMETERIO.—Y luego qué pasó con él.

VIRGINIA.—Ay pobrecito... lo que yo digo todavía es por qué pasó. Resulta que un día nos fuimos solitos de excursión, campantes como siempre; jugamos al burro corrido, cortamos ilmas de una huerta, chacoteamos en el río, pa no hacértela larga nos dimos un agasajo de abrazo y beso cuando nos caían cinco gandallas, luego luego quisieron madrearnos dízque por maricones, que nos jalonean pa separarnos y empecé a llorar, entre la confusión de gritos y peladeces que le suelto una patada en los huevos a uno de ellos, ha dado tal aullido que por un momento no supieron qué hacer, se les pela Leonel y ahí te voy yo por otro lado corre y corre, nomás se oían los gritos de Leonel y que me caigo a una zanja, ¡chin!, sentí que me desgarré de entre las piernas y no supe más; perdí el conocimiento como hasta las seis de la tarde, de momento no supe dónde estaba, con el cuerpo entumido, hasta que pude incorporarme vi las manchas de sangre en mis calzones. Con la caída se reventó no sé qué y ya no era virgen, ni modo de que lo fuera a sentir pero sí

lloré por lo que pasó, me quedé ahí sola hasta que se hizo de noche, me quise morir.

EMETERIO.—Y Leonel...

VIRGINIA.—Desapareció, ya no supimos nada de él; nunca jamás encontré a nadie así de cuerdo como él, ya no volví a vestirme de hombre, tuve que conformarme con mi suerte. Seguí andando con la flota pero ya no era lo mismo; luego se soltaron la lengua diciendo que yo era putangona, manflora, zaguenera, y cómo jodían. Quique siguió siendo mi único apoyo, con que tú sepas quién eres y de qué te tratas deja que el mundo ruéde, me decía. Después le enseñé a bailar, íbamos de pareja a las fiestas, nos hacían rueda, así pasamos a los salones, de a dos o tres veces por semana; al Quique no le pasaba tanto el baile, así que me dejó sola. En realidad no le gustaba estar aquí, y como mi papá lo recriminaba mucho por todo lo que hacía y se ponían a tú por tú, un día se fue al carnaval de Veracruz y ya no volvió, se enroló en un barco, vio mundo, muchas veces que ha quedado de venir no llega. Le gusta mucho su vida es lo que pasa, ¡ojalá viniera... Y tú cuánto tiempo llevas fuera de tu casa.

EMETERIO.—Como cinco años, pero a mí nadie me extraña.

Entra la Mamá...

MAMA.—Qué pasó contigo, a qué hora vas a pegarle las chaquiras a ese vestido.

VIRGINIA.—Ay sí, ya orita.

EMETERIO.—Nos entretuvimos con la plática, no te vayas tan pronto Virginia, quédate otro ratito.

MAMA.—Si van a estar güiri güiri, contigo nada más pierde el tiempo, déjala que haga su quehacer.

Se pone de pie, la Mamá le da una nalgada.

La estancia, de noche. Virginia ríe y baila, trata de que su mamá también baile y la Mamá se anima, un poco inhibida. Emeterio las observa muy complacido.

Pero qué bonito y sabroso
bailan el mambo las mexicanas,
mueven la cintura y los hombros
igualito que las cubanas.

VIRGINIA.—El ritmo te da el paso, ve, y el movimiento sale siguiendo la música, déjate llevar soltando el cuerpo, vas.

MAMA.—Ay no, no puedo, no me queda, soy un fracaso, mejor que Emeterio baile contigo, anda Eme, quiero verte bailar.

EMETERIO.—Qué más quisiera, yo menos voy a saber.

MAMA.—Virgen te enseña, ándale.

Se pone dizque a bailar, luego entra el Papá y lo interrumpe.

PAPA.—A qué se debe, qué tanta fiesta se train, hasta afuera se oye el escándalo.

VIRGINIA.—Entrale tú también, es de puro gusto, jefe, nos acompañas con una cubita.

PAPA.—Ay m'hija, a mí no me sirvas, mejor primero meriendo.

VIRGINIA.—No hay más que botanas, tú ves en qué palo te trepas pero te tomas una.

MAMA.—Estamos festejando que llegó carta de Quique, habrías de ver, parece que nos dieron cuerda.

PAPA.—Ah, y qué cuenta ese muchacho, dónde anda.

VIRGINIA.—Está re loco, ora es guía de turistas, a ver, prueba si no está muy cargada.

PAPA.—No. Y aquí el joven qué toma.

EMETERIO.—Ya tengo refresco, salud.

PAPA.—Lo veo más contento, ya ha sido mucho estar mal; siquiera que pronto pueda pasear.

EMETERIO.—Pues sí, quiero buscar trabajo, también quiero ir a la escuela, a la nocturna.

PAPA.—Una vez que esté bien bien verá qué hace; desde que llegó ha estado entre cuatro paredes y como que no ha tenido chiste su viaje, ya cuántas partes conociera.

EMETERIO.—Me imagino, pero no quise enfermarme.

PAPA.—Si hubiera entrado a un hospital desde el principio ya estaría curado, aquí qué vamos a saber.

MAMA.—No sabrás tú: yo soy buena enfermera, verdad Emeterio.

PAPA.—No se podrá quejar, lo cuida más que a mí cuando tuve la hernia.

EMETERIO.—Nunca he podido quejarme señor, los cuidados de ustedes me servirán también para el futuro, no los olvidaré.

PAPA.—Bueno, realmente uno hace lo que puede y no lo que quisiera hacer; qué bueno que con eso usted se recupere, salud.

EMETERIO.—Provecho, y buenas noches a todos.

MAMA.—Av, apoco te vas a dormir, quédate a seguir cotorreando, es temprano.

EMETERIO.—Es que también quiero escribir unas cartas, contestarle a Quique.

MAMA.—Luego le cuentas tus memorias, qué prisa tienes.

EMETERIO.—De una vez, ya que nos estuvimos

acordando de él y que por él estoy aquí; si me permiten, hasta mañana.

MAMA.—Vas a ver.

PAPA.—Está usted en su casa, joven.

VIRGINIA.—Hasta mañana, me gustaron tus pasitos. *Emeterio voltea a reírse con ella y hace mutis.*

MAMA.—No tienes nadita de tacto, aparte de que nos aguaste la fiesta eres un grosero.

PAPA.—Quéé.

MAMA.—El pobre muchacho se porta lo mejor que puede, te das cuenta de que deveras ha estado enfermo y te pones de impertinente queriendo no sé qué, que se quede en la calle, qué necesidad tienes de echarle tantas indirectas.

PAPA.—Oyeme, qué le dije orita para que me reclames así.

MAMA.—No, nada, nomás le chupaste la hemoglobina como es tu santa costumbre; para qué tenías que decirle lo del hospital.

PAPA.—Caray vieja, un hospital efectivamente era mejor, eso qué tiene de malo.

MAMA.—Haz memoria viejo: tú fuiste a dar al Hospital General porque no teníamos otro recurso, si te faltó atención nosotros también estábamos a pan y agua, era mejor un hospital ¿no? yo cambié mi casa y mi vida al casarme contigo, si este era mi lugar la imaginación es un desperdicio, verdad... pues si en mi mano está ayudar a alguien que lo necesite lo haré, óyelo, contra viento y marea.

PAPA.—Pero si de hecho soporto que esté con nosotros el amigo éste, cuándo he querido tener extraños en la casa; lo único que te he dicho es que no me gusta que nadamás vengan a darse cuenta de cómo vive uno, si uno tiene su intimidad.

MAMA.—¡Ya me chocó tu cantaleta de siempre: Emeterio no es ningún extraño! ¡Que se quede y que vea cómo vivimos y cómo somos, para que el día de mañana a ti no tenga que rendirte ninguna satisfacción!

PAPA.—Bueno, qué hice, quieres que le dé una disculpa porque él merece otra cosa mejor o qué, no vamos a pelear por él si es una persona que no volveremos a ver.

MAMA.—¡Entonces ya no le dirijas la palabra! se ha de ir ¿no?...

Se va reprimiendo el llanto. Virginia da fraguitos a su copa; el Papá se queda perplejo, luego bebe.

PAPA.—¿Nos tomamos la otra?

VIRGINIA.—Sí jefe, ánimas que digan salud.

Sirve otras copas. Afuera traen serenata.

En esta noche clara de inquieto lucero
lo que yo te quiero te vengo a decir,
mirando que la luna extiende en el cielo
su pálido veló de plata y zafir;
en mi corazón siempre estás
y ya no he de olvidarte jamás,
porque yo nací para ti
y de mi alma la reina serás.

VIRGINIA.—Ay, es Chester...

Estancia. Virginia reborda un vestido de lentejuelas, muy medita-bunda; la madre, más inspirada, hace otra labor casera.

MAMA.—Flores negras / del destino / nos apartan sin piedad / pero el día vendrá en que seas / para mí nomás, nomás...

Se oye un chillido distante. Virginia queda alerta, luego otros cada vez más cerca hasta que alguien llega a tocar la puerta: ella va a abrir. Entra Chester engalanado de sombrero.

VIRGINIA.—Vaya: pensando en el rey de Roma y tú que te asomas.

CHESTER.—Vengo echando chispas, es para que me recibas con los brazos abiertos si no con las piernas. No me esperabas, verdad, así te quería cachar.

VIRGINIA.—Pues ya caíste de mi gracia; no te vuelvo a hacer caso para nada, te lo juro. Ayer me cistaste en el cine para que no me aburriera esperándote, verdad.

CHESTER.—Fui: Te chiflé, te busqué, tú estarías muy picada con la película o con otro mono; tuve que sentarme solo a ver la función.

VIRGINIA.—No seas hablador; ahí estuve, a qué cine fuiste.

CHESTER.—Al Isabel; pasaban tres de Ninón Sevilla: Sensualidad, Víctimas del pecado y Aventurera; la semana que entra nos vamos juntos ¿ya vas?

VIRGINIA.—Has de estar muy seguro de mí, lo que me da mucho coraje es que siempre que quiero estar contigo has de dejarme plantada.

CHESTER.—Un palo a cualquier hora es bueno,

llégale hoy que estoy dispuesto si no hasta cuándo nos vemos.

VIRGINIA.—Yo no quiero verte nadamás para eso; proposiciones de esas me sobran.

CHESTER.—Ah sí, ¿te los encuentras como yo a la vuelta de la esquina?

VIRGINIA.—Mucho más cabrones, pendejo, qué te estás creyendo.

CHESTER.—Por decirme pendejo, de castigo no te cojo.

VIRGINIA.—En serio, Chester, quiero que veas en mí otra cualidad.

CHESTER.—En la cama enseñame lo que quieras; es donde podemos gozar por completo todo lo que tenemos: la vida por delante, qué más se puede pedir.

VIRGINIA.—Pues no me conformo con eso; me gustaría recibir más amor de ti.

CHESTER.—Ah, si con el que te doy te traigo al tiro, te dejo abusar y me matas.

VIRGINIA.—Conste, a mí no me cuesta nada ser derecha contigo, nomás te acuerdas.

CHESTER.—Tú júntate con tu viejo, que hoy hasta me puse de la loción que me diste. Anoche ya no vine a buscarte porque me fui a dormir; y te vi en sueños carajo, qué pesadilla.

VIRGINIA.—Pero se te hizo, yo te soñé despierta y fue peor: me tuviste en vela.

CHESTER.—No hay pedo, aquí me tienes para ti solita, si sacas la botella nos ponemos uno; que se diga algo de ti.

VIRGINIA.—Para olvidar el mal rato que estuve de a leona.

Va por unos vasos y una botella; entra la Mamá.

MAMA.—Dichosos los ojos, tú, qué milagro.

CHESTER.—Es por la veladora que puso Virginia; y usted cómo ha estado señora.

MAMA.—Pasándola, ya sabes, como siempre.

CHESTER.—Oiga pues pásela, no hay que ser.

MAMA.—Pero a mí qué me dejas.

Tocan la puerta inopinadamente. Virginia trae las copas servidas y la mamá va a abrir.

MAMA.—Ay, quién toca así, ¡van!

VOZ DE HOMBRE.—Buenas tardes señora: ¿está Virginia?

VIRGINIA.—Quién es.

MAMA.—Orita le hablo. Es el fulano éste, cómo se llama...

Virginia va a la puerta.

MAMA.—Te encargo que no se emborrachen, orita nos vemos.

CHESTER.—Luego luego.

Hace mutis.

VIRGINIA.—Buzo, qué andas haciendo por aquí...

BUZO.—Vine a buscarte, carajo, qué no puedes recibirme...

VIRGINIA.—Cómo no, pasa.

Entra gustoso, conservando el equilibrio.

VIRGINIA.—¿No se conocen? es un amigo.

CHESTER.—Ah, quéhubo ñero, siéntate.

El Buzo se sienta, cortado; ninguno quiere hablar.

VIRGINIA.—¿Quieres una copa?

BUZO.—Yo quiero estar contigo.

La sienta junto a él.

CHESTER.—Tómame una, con confianza.

BUZO.—Mejor yo solo, qué te parece.

CHESTER.—Ora pues, para que no te vayas en seco.

Le pasa su copa; se la toma.

CHESTER.—Alguna otra cosa, para que estés a gusto.

BUZO.—Me echo también el otro vaso, ya que está bueno el servicio.

Se toma la otra copa.

BUZO.—Ya chale, gracias maño. Vine a hablar contigo, ¿se puede?

VIRGINIA.—S-sí...

BUZO.—Acompañame afuera, por ahí me voy, y mucho gusto.

CHESTER.—El gusto es mío, espero que esta sea la primera y última vez que nos vemos por aquí.

BUZO.—No faltaba más, ya sabes que te puedo dar batería por otro lado.

Se dan la mano y se fulminan con la mirada. Virginia sale con el Buzo haciendo seña de paciencia a Chester. Se oye que empiezan a discutir.

VOZ DEL BUZO.—¡Eso qué chingados me importa! ¡Por qué no puedo abrazarte, me faltan brazos o manos o de qué tengo que cuidarme! ¡No me pareció!

VOZ DE VIRGINIA.—Por favor, Buzo.

VOZ DEL BUZO.—¡Por mí que lo sepan todos y que chinguen a su madre! ¡Acaso tú ya no me quieres o cuál es el pedo! ¡Siempre te culeas!

VOZ DE VIRGINIA.—Ya calma tus nervios por favor.

VOZ DEL BUZO.—¡No me callo! ¡Te quiero y eso quién me lo va a impedir! ¡y si te beso es porque me gustas!

Chester está como si nada.

VOZ DE VIRGINIA.—Ay no, Buzo, espérate, ven, no es eso hombre, no lo dije por eso.

VOZ DEL BUZO.—Ahí te voy a esperar, si no llegas temprano vengo mañana y te rompo la madre, te lo advierto.

Después entra Virginia con risita nerviosa y emocionada.

VIRGINIA.—Ay, está re loco.

CHESTER.—Hasta que te conocí uno a la medida, con este sí te ahogas como quieras; qué calladito lo tenías, de cuándo acá eres mujer fatal, pinche Niño.

VIRGINIA.—Cómo crees, somos amigos nadamás, así es él cuando anda tomado, yo ni caso le hago.

CHESTER.—No te hagas tonta: si vino con el pito parado has de ser muy buena amiga, qué se me hace que te empujó las tripas y por eso se siente con derecho sobre ti.

VIRGINIA.—Yo ni en cuenta, ni lo esperaba, por lo visto te dejó impresionado.

CHESTER.—Ay si tú, qué feo está: con él andas bien acompañada pero no asusten.

VIRGINIA.—¿Piensas que él me gusta más que tú?

CHESTER.—Viéndolo bien el cabrón es bonito, está pelón que quiera dárme las, si no, me cai que me iba con él.

VIRGINIA.—Pues mejor cuídate, porque es más fácil que te rompa el hocico.

CHESTER.—Uy, así ni contigo me meto, ya me voy.

VIRGINIA.—¡Ya me hiciste enojar, ven acá!

CHESTER.—Ponte en guardia: nos echamos unas luchas a calzón quitado, primero te lo lavas.

VIRGINIA.—Y te doy el agua para que hagas buches.

CHESTER.—Eres muy ruda, me doy. Pero te acepto un trago de revancha con límite de tiempo, órale.

Sirve lo que queda en la botella, mitad y mitad.

Beben hasta vaciar el vaso al mismo tiempo. Se reponen del trago.

CHESTER.—Bueno, luego te desahogás conmigo, ya te vi, ya me voy.

VIRGINIA.—Cómo que te vas.

CHESTER.—Con tus ilusiones por atrás, luego nos vemos.

VIRGINIA.—Oye, qué visita es ésta, espérate.

CHESTER.—Se me hace tarde, tengo que arreglar otros asuntos; si no te quedas contenta porque vine, entonces consíguete a otro mejor.

VIRGINIA.—Espérate por favor Chester, no seas gacho, dime por qué te quieres ir.

CHESTER.—Tengo una transa pendiente, a la mejor me voy con el Teco a los Estados Unidos.

VIRGINIA.—Y qué vas a hacer allá.

CHESTER.—A ver de qué lá pego; el chiste es estar por aquellos lares, ver otras gentes, conocer distintas cosas, más mundo; para salir de lo mismo, no crees...

VIRGINIA.—Si no estás jugando ora me dices que es lo que ya no te parece aquí: por qué no puedes estar.

CHESTER.—Por el tiempo. Quiero cambiar de tierra, de aire, necesito irme porque me está corriendo el agua, si yo fuera la piedra en el agujero estaría bien, pero ando de rodada; y si he de perderme, mientras más lejos vaya mejor: ahí queda todo.

VIRGINIA.—Aquí me das el aventón para que me lleve la chingada... vámonos juntos Chester, los dos ya estamos perdidos si yo tampoco sé qué hago aquí.

CHESTER.—Así no arreglamos nada: tú y yo nos aferramos al momento de estar juntos y fuera de eso todo nos separa; no vamos a llorar por una despedida cuando todo se puede olvidar.

VIRGINIA.—Yo no tengo una razón para olvidarte; ya sé de memoria cómo eres porque te has entregado a mí... cómo me vas a olvidar tú.

CHESTER.—Descansando de ti. Te tengo entre ceja y ceja y yo también te quiero Niño, por más que te quiera, aquí la cortamos porque no voy a quererte más: no es posible; es mejor que esté libre porque si voy a hacer una madre la quiero hacer solo, por otro lado, así más vale que nadie se me ponga enfrente porque no voy a andar con mamadas, estoy hecho al desmadre Niño, no quiero joderte, y nadie va a domarme. A la primera chava que tuve la quise un resto y también se la llevó la chingada; tú y yo nos volveremos a ver si Dios nos da licencia, si no, ya nos conocimos.

VIRGINIA.—Pues mira, yo el mal paso ya lo di; no busco nada por otro camino porque tengo mucho con las vueltas que da la vida. Si tú quieres conocer otras gentes, distintas cosas y ver mundo, puedes acompañarme a las giras; es el camino que quieres abrirte, vamos por ahí...

CHESTER.—Ay Niño, tú sí que andas en triciclo, pero conmigo te estrellas: si yo voy a manejar qué nos dura la carrera.

VIRGINIA.—Pa pronto Chester: tú querías que yo bailara en el Pirata por la comisión que te iban a dar; vamos orita mismo a ver a don Mario, tú llegas como mi representante, y si me paga lo que pido firmamos contrato por el tiempo que sea, te lo digo sin vacilar.

CHESTER.—Me estás carneando, pinche Niño...

VIRGINIA.—A mí no me cuesta nada moverme de aquí para allá y cualquier lugar me da lo mismo; ahora más que nunca quiero tu apoyo, y estoy dispuesta a darte lo que quieras.

CHESTER.—Yo no ando contigo por interés.

VIRGINIA.—Nadie más te ofrece lo que yo, piensa en el amigo que quieras.

CHESTER.—Lo que te puedo decir es que no vale la pena que hagas eso, te lo digo sinceramente. Eres a toda madre Niño; creo que ni mi pinche madre me quiso tener tanto como tú, pero si los dos andamos siguiendo la corriente no la vas a parar para que todo siga como tú quieras, ni yo, y no voy a ponerme a trabajar por mis huevos si tú no ganas nada, no le abogues.

VIRGINIA.—El trabajo es el mismo, lo hago sola, lo que necesito es que tengas pantalones, abrídole a los

CHESTER.—Pinche Virginia... yo no sé porque vine a decirte que me iba, me hubiere largado y ya.

VIRGINIA.—Nunca me hagas eso, yo no puedo hacerte más feliz porque no sé cómo te gustaría serlo, juntos hemos gozado la vida.

CHESTER.—Por lo pronto ya me voy, si no sucede otra cosa mañana vengo, a ver si te portas bien.

VIRGINIA.—Espérate, dime qué piensas hacer.

CHESTER.—No comas ansias, mañana te digo, lo resuelvo hoy en la noche; por si las dudas ponte el vestido solferino y te arreglas, chance y te lleve a cenar.

VIRGINIA.—Te cal negra y tenebrosa si no vives.

CHESTER.—En eso quedamos, me cal, voy a venir de parada.

VIRGINIA.—Te acompaño al zaguán.

Salen abrazados.

VOZ DE MAMA.—¡Duntó contigo te doy un aplauso al placer y al amor, que viva el placer, que viva el amor, / ahora soy libre, quiero a quien me quiera, que viva el amor...

Emeterio está transido de nostalgia viendo el aguapero por la ventana; Chela lo contempla impávida.

CHELA.—Dime algo, no vine a estar de babosa.

EMETERIO.—Ya quisiera irme a mi tierra...

CHELA.—Deja de pensar en lo que no, mejor veme diciendo cuándo te vas a mi casa; yo puedo hacerme cargo de ti con más interés porque te alivies para que nos casemos pronto: de seguir en esta casa no tienes para cuándo salir porque te quieren para ellas, ya las conozco y tú no.

EMETERIO.—Yo te dije que me iba a tu casa hasta que pudiera valerme por mí mismo precisamente para no ir a dar molestias, y si vienes a ver cómo sigo por favor no me causes un disgusto: comprende mi situación y no confundas, nadie me tiene amarrado.

CHELA.—Pues quisiera ver cómo te escapas, si estás muy mansito te van a poner a lamerles la cola.

EMETERIO.—Pero estás loca, qué te han dicho para que tomes esa actitud, qué te hacen, a ver.

CHELA.—Ay mira: que se atrevan a hacerme algo, ya me deben muchas.

EMETERIO.—Has de querer que te paguen la risa y el saludo; no te entiendo cuando de hecho Virginia es tu amiga.

CHELA.—Virginia era mi amiga cuando se curaba la cruda en mi changarro, desde que anda en el batacán me ve chiquita y seré fondera pero no fichera, ni mantengo un padrote, ratero, vicioso y mayate como el Chester, que la lleva al cabaret, y por si se las da de señorita decente contigo, has de saber que yo la vi una noche tirando un hijo a la coladera: esa es tu amiga del alma. A ti te tendrá muy impresionado pero a mí

me viene guanga, porque pránnganas hemos sido las dos, no sé de qué se las dora.

EMETERIO.—No sabes lo que dices; no sabía que pensaras así; me duele que hables tan mal de ella.

CHELA.—Anda, defléndela, al cabo estoy sola como la hoja del árbol. Pero no creas que soy tan indefensa.

EMETERIO.—Ya lo veo, créeme que lo siento por ti.

CHELA.—Si querías explicaciones ya te las di: dime si te quedas o te vienes conmigo porque no puedo estar a medias ni te voy a esperar colgada.

EMETERIO.—Me pones en un predicamento... han sido muy buenos conmigo, no sé cómo voy a decirles.

CHELA.—No les vas a decir nada: das las gracias por todo y ya: no tienes que enterarlos de nada más. No quieres entenderme Emeterio, lo que pasa es que si te quiero con todas mis fuerzas también quiero verte me correspondida en igual forma, cualquiera siente lo mismo.

EMETERIO.—Sí, sí, te comprendo.

CHELA.—Yo no estoy jugando Emeterio; no me hagas una perrada porque no me va a parecer quedar como tu pasatiempo. Y ya me voy por favor te apuras a resolver lo que tengas pendiente porque no habrá próxima vez que venga a buscarte, también tengo mi dignidad.

Chela sale del cuarto azotando la puerta. Se oye el golpeteo del granizo en la ventana, Emeterio va a asomarse.

EMETERIO.—Me lleva la chingada.

Noche lluviosa. Chela está en un cuarto a oscuras ante un altar pagano orando con vehemencia; en el suelo hay ropa tendida custodiada por cuatro cirios encendidos.

CHELA.—(Se lleva un jarro a la boca y dice:) Emeterio, Emeterio, Emeterio... es mi deseo que voluntad no tengas para mirar a ninguna otra mujer, que a mi lecho vengas a entregarte derramando llanto implorándome amor, como he de ir a tu puerta a derramar el agua serenada en que he llorado yo. Anima fiadora, oh ánima de mi devoción, por tu fuerza poderosa te pido que todo él sea nomás mío; aguardo en tu servicio en velación aquí: con su retrato en el huevo para que incubes en él la pasión de quererme; que este nudo de mis cabellos cambie la guía de su pensamiento en dirección a mí, y si no es así, que se le atore en la garganta por obra tuya hasta que sienta desesperación por verme; que esta mariposa nocturna llegue hasta la casa donde él está, y cegada por la luz la llene de tinieblas hasta que salga para que nunca más vuelva, y si no es así, que le caiga un rayo en cualquier noche de tormenta, pasados cinco días después de esta petición y antes de que haya luna nueva. Amén.

Cabaret: luces sicodélicas, columnas que en el techo se hacen palmeras, pinturas murales representando mar, playa, selva, luna llena, estrellas, cometas. Hay mucha gente; bailan los últimos compases de algún danzón y al terminar se organizan en grupos y parejas. Aparece un Animador.

ANIMADOR.—Muy buenas noches tengan todos ustedes: tenemos diversión continua en el centro más exclusivo de la vida nocturna; por cortesía de la casa damos un saludo especial a la gran pareja de luchadores que se encuentran con nosotros: ¡Lalo el exótico, y el invencible Enigma plateado! venciendo su timidez.

Se ponen de pie, tambaleándose, un melencólico infame y un enmascarado, que reciben aplausos, chillidos, mentadas y leperadas.

ANIMADOR.—Y continuamos la variedad para que ustedes la gocen. El Pirata presenta a su atracción principal: los ánimos se encienden con la mujer de fuego, la inquietante y sensual ¡María Antonieta Ruvalcaba!

Euforia, frenesí. Se apagan las luces, silencio: un reflector busca su centro de enfoque, se detiene iluminando a Virginia que está recargada en una palmera; empieza la música: el desplazamiento cintilante de Virginia por toda la pista; nadie habla, nadie se mueve, hay expectación.

Caballo negro, caballo negro,
tú tienes la cola blanca,
tú tienes la cola cola.

—¡Ay culito cuando eras mío sonabas como matraca!

—¡Ayayayay!

—¡Ayayayay!

—¡Se sufre pero se goza!

—Si comó lo mueves lo bates qué rico chocolate!

—¡Qué curvas y yo sin frenos!

Se pasa a la pista el luchador melenudo tratando de bailar, Virginia sigue por otro lado.

—¡Quítale la ropa!

—¡Acábatela!

—¡Gózala o pásala!

—¡Tú le das y yo me meto!

Rechífla, risas, insultos, la música sigue: se lanza el luchador enmascarado que pone fuera de combate al otro y jala a Virginia para manosearla.

—¡Contigo sí doy mi brazo a torcer chiquita!

Para la música: ella le suelta un rodillazo, interviene Chester hecho una furia con otro cuate para golpear al enmascarado, se generaliza el escándalo, prenden todas las luces, el melenudo vuelve al ataque, Virginia está asustadísima viendo sin saber qué hacer, la gente grita acaloradamente, hacen ademanes violentos, quiebran botellas, salen a relucir puñales, todos se defienden de todos, se oye un disparo y el enmascarado quiere rematar a Chester con las manos, Virginia se quita un zapato y asesta un taconazo en la cabeza al luchador, que se queda idiotizado y corre la sangre por su máscara, suena otro disparo, empezarán a correr atropelladamente.

—¡Pélate Chester, vámonos!

CHESTER.—¡Corre a la salida Niño, vente, pélate!

Apagón total: grito ahogado de todos.

VIRGINIA.—¡Chester, Chester, Chester!

Cuarto de Emeterio: está invadido de mariposas negras que revolotean incesantemente; él se debate en la cama cubriéndose con las cobijas. Afuera empieza a llover con relámpagos.

EMETERIO.—¡Virginia, Virginia, Virginia! ¡Ayyy ayyy, ayyy!

Entra la Mamá aventando la puerta.

MAMA.—¡Ave María purísima!

Va muy apurada a abrir la ventana, agarra un trapo para sacar, espantar, matar a las mariposas. Destapa a Emeterio, lo volteo.

MAMA.—¡Qué tienes, qué te hicieron, qué pasó!

EMETERIO.—¡No quiero verlas, no quiero verlas!

MAMA.—¡Orita se van, son de aguacero!

EMETERIO.—¡Aquí tienen su nidito, de repente empezaron a salir de los rincones, del techo, estaban escondidas en todas partes! ¡Sáquelas, sáquelas!

Se levanta hecho un loco, acosado.

EMETERIO.—¡Déjame salir tengo que irme de aquí ya no puedo quedarme! ¡No se acerque no me agarre!

MAMA.—¡No tengas miedo, no te espantes, cálmate por el amor de Dios cálmate, no te pongas así, no te pasa nada!

EMETERIO.—¡Pero no ve qué ya no puedo estar aquí con un demoniooo!

Entra el Papá.

PAPA.—¡Qué diablos pasa, qué gritos son esos, parece que lo están matando, qué fue lo que pasó! ¡Estése quieto!

EMETERIO.—¡No se interponga ni se me acerque pinche viejo maldito!

Se escapa: la Mamá tras él y el Papá tras ella.

VOZ DE LA MAMA.—¡Por vida tuya, adónde vas!
¡No salgas con este aguacero, espérate, óyeme!

VOZ DEL PAPA.—¡Tú ven acá, hazme caso, métete,
déjalo que se vaya!

VOZ DE LA MAMA.—¡No seas inhumano! ¡Emeterio,
Emeterio!

28

*Cuarto de Chela a oscuras; ella está acostada, ron-
cando. Entra luz de afuera por una ventana que da a
un pasillo; se oyen silbatazos de policía y carreras en
el techo, luego alguien se brinca y toca aprisa la ven-
tana. Chela se sobresalta.*

VOZ DE HOMBRE.—¡Chela, Chela...!

CHELA.—¡Quién es!

VOZ.—¡Abreme pronto por favorcito, soy yo, Ches-
ter!

Va a abrir; se mete Chester y cierra.

CHELA.—Ay qué susto me diste, qué pasó.

CHESTER.—Me viene siguiendo la tira, déjame es-
conder aquí como cuates.

CHELA.—Pero qué hiciste, qué te pasó...

CHESTER.—Me dieron una cuchillada, tuvimos una
bronca marca diablo, luego te cuento.

VOZ DE MUJER.—¡Chela, quién se metió! ¡Oí que
alguien saltó de la azotea, abre, fíjate Chela!

CHELA.—Shshshs, es Chester mamá, no te alarmes.

*Entra una Señora que prende la luz: Chester está
jadeante, empapado, oprimiéndose el estómago y con
la ropa manchada de sangre.*

SEÑORA.—Ay criatura...

176

29

*Otro cuarto que sirve de almacén. Chester está
acostado leyendo historietas; después entra Chela como
la fresca mañana.*

CHELA.—Te traigo una noticia, viejito, oye lo que
dice: Por frívola y vulgar una exótica provoca tremenda
bronca en un cabaretucho. La bailarina Virginia Salazar
o María Antonieta Ruvalcaba fue señalada como la cau-
sante indirecta del zafarrancho ocurrido la madrugada
del viernes pasado en el antro de vicio El Pirata.

CHESTER.—¡A ver, presta acá!

Lee la nota. Chela está muy lograda.

CHESTER.—Qué desgraciados... ora cómo salimos
de ésta.

CHELA.—Más te vale no salir de aquí para nada:
mi jefa está de acuerdo en que te quedes con nosotras
el tiempo que sea necesario.

CHESTER.—Yo pienso pirar en la primera oportu-
nidad si me prestas la feria que te pedí; hazme la
balona de volada porque si estos hijos de perra andan
tras mis huesos no van a tardar en venir aquí, vas a ver.

CHELA.—Nadie se las huele, estás en un lugar se-
guro.

CHESTER.—Oye, por favor no quiero que ni el
Niño sepa dónde estoy.

CHELA.—Ay tú, eso ni pedirlo. Por cierto acabo
de verla, a todo el que se encuentra le pregunta por ti.

CHESTER.—Y cómo está...

CHELA.—Pa llorar, no sé qué le viste.

CHESTER.—¡Aguas!

Entró Emeterio.

EMETERIO.—¡Qué vienes a hacer aquí!

CHELA.—Ay idiota, eso es lo que te digo: qué

177

tienes que andar haciendo tras de mí, qué buscas, qué quieres, qué se te perdió.

EMETERIO.—¡Y este pachuco qué hace contigo!

CHELA.—No te metas donde no te llaman, tú tienes tu cuarto y te advertí que no salieras, vete para allá.

EMETERIO.—¡A qué horas vas a ir!

CHELA.—Yo sabré: orita no te quiero ver, esfúmate.
Sale Emeterio azotando la puerta.

CHESTER.—¡Este güey va a despepitar todo, qué le dio por venir a espiarte!

CHELA.—También eso te quería decir: éntre Virginia y la mamá quién sabe qué le dieron o le hicieron, se salió de su casa echando pestes y se presentó aquí como llovido, con delirios y todo, el pobre.

30

Estancia inundada, con goteras, removida. La Mamá de Virginia llena cubetas de agua que luego tira en otra parte, se oye el chacoloteo de afuera; la sirena incesante de las ambulancias.

MAMA.—¡Van a tirar la puerta!

Va a abrir y se meten chorros de agua.

MAMA.—¡Ay Emeterio, qué vientos te trajeron, mira nomás: pásale!

EMETERIO.—¿Se puede?

MAMA.—No te fijes, aquí tenemos agua de pie. . .

Entra Emeterio y enséguida Chela muy altanera, están empapados, llenos de lodo y chapopote.

EMETERIO.—Me va a dispensar, nadamás vine por mi maleta. Chela me ofreció su casa; estoy viviendo con ella, tengo mucha pena con usted por no haberle avisado antes.

178

MAMA.—De haber sabido yo te mando las cosas, a ver si no te hace daño esta salidita, puedes pescar una pulmonía.

CHELA.—No es para tanto: lo más que le puede pasar es que se muera, y si usted no es su mamá ni su señora no tiene vela en el entierro, de qué se apura.

MAMA.—Tú ya eres una pelada, por ti ni quien se preocupe.

CHELA.—Bueno Emeterio, yo no vine a sacar mis trapitos al sol, lo que tengas que llevarte arréglalo ya por favor.

MAMA.—Tú entra, ya sabes dónde están tus cosas.

Chela va derechito tras él. La Mamá sigue juntando agua muy quitada de la pena; después se oye que alegan dizque en voz baja pero no se entiende lo que dicen. Aparece Emeterio con una maleta; se detiene sin saber qué decir, espera que la Mamá lo vea, Chela lo domina con la mirada, la elude.

EMETERIO.—Bueno señora, me voy. . . También quería darle las gracias por todo y una disculpa por el arranque que tuve pero. . .

MAMA.—Fue tan imprevisto todo que ya ves. . . qué agradeces las privaciones.

EMETERIO.—Lo que hizo por mí es lo que cuenta. Virginia cómo ha estado. . .

MAMA.—Bien, en lo que cabe; cabe mucho y se va de largo, como siempre.

EMETERIO.—Cuando llegue dígame por favor que quiero verla y hablar con ella, no sé si sepa que Chester también está en casa de Chela.

CHELA.—Dile que ni crea que la está esperando: yo no respondo.

Se adelanta a la salida y pateo la cubeta.

179

MAMA.—Eso apenas se puede creer, por qué tenías que ocultarlo.

CHELA.—Yo a usted ni la conozco, vieja pérpera.

EMETERIO.—Ha hecho un lío, a fuerza quiere que nos casemos y yo no... no pienso en eso, luego le explico: si puedo darme una escapada regreso más tarde, y disculpe, eh.

Se va. La Mamá se queda de pie esperando moverse, hacer algo; se sienta en una silla, contempla la inundación, suspira hondo. Se oye la sirena de más ambulancias. Eco de truenos.

31

Calle de noche. Se suelta la lluvia. Por un callejón aparece Virginia, se atascan sus pasos; llega a la fonda La Encantadora que está cerrada, hay luz en la ventana de la casa, ella espía antes de golpear la cortina metálica, golpea varias veces con más furia. Alguien se asoma por arriba.

VOZ DE SEÑORA.—¡Oyeme tú grandísima cabrona!

VIRGINIA.—¡Háblele a Chester!

VOZ DE SEÑORA.—¡Aquí no está!

VIRGINIA.—¡Acaban de decirme que aquí está, dígame que quiero hablar con él orita mismo!

VOZ DE SEÑORA.—¡Estás perdida! ¡Hace horas que se fue!

VIRGINIA.—¡Abrame la puerta, déjeme pasar!

VOZ DE SEÑORA.—¡Mejor te largas si no te echo a la patrulla por mitotera!

Virginia avienta piedras, rompe vidrios. Le avientan una botella.

180

VOZ DE SEÑORA.—¡Mira arrastrada ni le busques porque vas a ver quién se te aparece!

VIRGINIA.—¡No lo escondá! ¡Dígale que salga a verme no me lo niegue!

VOZ DE SEÑORA.—¡Pa qué lo queremos, ya chinga tu madre!

VIRGINIA.—¡Mi madre no alza la pata pa mirar, par de brujas!

Patea la cortina.

VIRGINIA.—¡Salgan! ¡Si hadá tienen que ver salgan! ¡Chester! ¡Chester! Sal de ahí!...

Se calla, parece que nadie la oye, sigue como flera; después se queda inmóvil; cruza a media calle para ver a la azotea, luego busca piedras, las arroja, da en los tinacos, suena un disparo, levanta otra piedra, suena otro disparo, tira la piedra a un charco.

VIRGINIA.—¡Cara a cara! ¡Bajen! Acá nos matamos!

Se queda en su lugar esperando más; se enciende alguna luz de otra casa, hay quien sale a ver quién grita, comentan y se meten. Virginia queda desahuciada, llora, se retira.

VIRGINIA.—¡Méndigas! ¡Que les aproveche!

Relampagueo. Se oyen chillidos distantes, luego más cerca; a una cuadra aparecen los papás de Virginia cargando bultos, caminan aprisa, llaman a Virginia con otro chillido, entonces los ve.

PAPA.—¡Virginia! ¡Qué andas haciendo muchacha, ven acá, ya fuímonos de aquí, ándale, apúrate!

181

MAMA.—¡Madre mía de Guadalupe!
Apagón: gritos que salen de las casas.

VIRGINIA.—¡Papá, mamá!

GRITO DISTANTE.—¡Sálvense! ¡Sálganse! Sáven-
se! ¡Sálgan-se!

Estruendo, trueno implacable, rayos, centellas, relámpagos, artillería de tormenta: irrumpe una oleada que invade la calle revolviendo espuma, basura, ramas, tendedores, gallinas, puercos, perros, jaulas de pájaros, niños; las bardas se desmoronan, se desploma una casa, se cuartea un edificio, los postes se vienen abajo creando una maraña de cables, la gente se avienta de las azoteas, se arremolina, hace cadena, se azotan puertas, ventanas, hay más derrumbes, tiraderos de cosas, sube el nivel de las aguas. Voces, gritos, llantos, se ahogan en la oscuridad; hay eco de truenos, viento, lluvia que arrecia y amaina; se va haciendo el silencio, la corriente del río más clara, todo está envuelto en niebla, nubes, sombras. Se oyen ladridos de perro, cantos de gallo.

33

Día claro, más o menos despejado. Zona devastada por las aguas; éxodo y desamparo de los habitantes, hay algunos fotógrafos y reporteros trabajando, unos niños se bañan chapoteando en la calle anegada.

VOZ DE LOCUTOR.—Graves daños y cuantiosas pérdidas son el resultado de las intensas lluvias que han caído en la ciudad provocando el desbordamiento del río Magdalena que arrasó la colonia Atlántida. Hasta ahora son más de doscientas víctimas entre muertos, heridos y desaparecidos, y miles de damnificados;

182

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

los residentes fueron evacuados mientras otros habitantes se aferraban a sus pertenencias pese a la amenaza de otra racha huracanada y el estado de miseria en la entidad. Ruinas, desolación, es el panorama que presenta. Caminos cortados y transportes atascados han dificultado la labor de socorro y se espera el curso normal para remover los escombros.

ENTREVISTADOR.—¿Quiere decirnos cómo fue el desastre?

—Ora sí que el agua no dejaba ver nada, cuando se empezó a cuartear el cielo yo le dije a mi señora que nos fuéramos con los chamacos al monte, que es a donde nos hemos ido otras veces; allá pasamos la noche; sólo faltó que se abriera la tierra.

ENTREVISTADOR.—¿Usted no sufrió daños ni pérdidas?

—Cómo no: todo quedó nadando en la casa de usted.

El Entrevistador detiene a una señora.

ENTREVISTADOR.—Señora, ¿quiere darnos su impresión de lo ocurrido?

—Pues veré, ya era muy noche; todos estábamos dentro de la casa, de repente se oyó un trueno y todo se lo llevó la corriente.

ENTREVISTADOR.—A cuánto ascienden sus pérdidas.

—Para qué le digo si nadie me lo va a pagar; ¡jalá Dios quiera que no llueva hoy, ya es lo que uno pide.

El Entrevistador se dirige a más gente.

—Están dando un huevito por cabeza pero eso fue ayer. Ya quisiéramos agua para tomar.

—Ahí tengo arroz y frijol del que están repartiendo, pero en dónde me pongo a hacer de comer si estamos en la calle.

Seminario Multidisciplinario
Departamento de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

183